

CRISTIANDAD



95

RAZON DE ESTE NUMERO

A Ñ O V

1 MARZO

1 9 4 8

CRISTIANDAD se ocupa en el presente número del problema -calleón sin salida, tremenda «aporia»- del pensamiento filosófico actual. Nos hallamos, como todos los años por esta época, alrededor de la fiesta conmemorativa del gran Santo y filósofo Tomás de Aquino, Doctor de las Escuelas. Y ¡cuán necesitados estamos de su auxilio en esta cuestión vital!

La filosofía actual ha logrado el contacto ya con el abismo terrible que se abre debajo de sus pies, y un grito desgarrador de angustia ante el vacío resuena a través del ámbito intelectual del mundo.

Al fin y al cabo el existencialismo -la novísima filosofía- ha sido consecuente con su desviación radical de los sanos principios. Hasta qué punto pueda ser eficaz para la salvación de la filosofía, para el sosegamiento de las conciencias, y para el hallazgo de la senda de nuestro verdadero destino, la vuelta a la filosofía tradicional, quintaesenciada y valorada por el tomismo, hasta qué punto puede serlo, repetimos, es cosa que por arrastrar nuestra convicción y comprometer nuestra persona, hemos intentado poner de relieve siempre que la ocasión nos ha brindado oportunidades para hacerlo. Hoy, como en años anteriores al hablar del Doctor Angélico, insistimos en el grave estado de cosas a que puede conducir en la Filosofía y en la vida el alejamiento de la Verdad y de la Doctrina verdadera, que el Santo expuso con tan diáfana pureza y que se conserva como fuente perenne de inagotables tesoros.

Editorial: «Y en aquella hora le dejó la fiebre...»

A propósito del existencialismo: La primacía de la contemplación, por Jaime Bofill (págs. 99 a 101)
Esquemas para una educación integral de la persona, I, por Francisco Hernanz (págs. 102 a 104).

El existencialismo y su problemática, por Luis Cuéllar, Vicente Armendares y Jorge Pérez Ballestar (páginas 105 y 106); **El orgullo, principio de la decadencia intelectual**, R. P. Félix, S. I. (págs. 108 y 109); **La inmutabilidad de las leyes naturales y el gobierno de Dios en el mundo**. Discurso del Papa en la inauguración del XII curso de la Pontificia Academia de Ciencias (págs. 110 a 113).

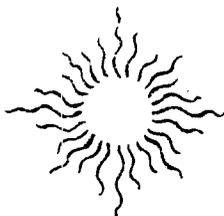
Los Santos Lugares de Palestina, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 113 a 115).

El Pontificio Instituto Oriental de Roma, por Manuel Candal, S. I. (págs. 115 a 117).

La «Tercera fuerza» y el comunismo, por J.-O. C. (págs. 118 y 119).

Orientaciones Bibliográficas, por Luis Luna (pág. 120).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday.



Congreso Internacional de Filosofía de Barcelona

Del 3 al 10 de octubre de 1948 con motivo de los Centenarios de Suárez y Balmes

El Instituto "Luis Vives" de Filosofía, deseando contribuir a la discusión y progreso del pensamiento filosófico contemporáneo, convoca y organiza un CONGRESO INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA, que tendrá lugar en Barcelona y se clausurará en Vich en octubre de 1948.

En 1948 se cumple el cuarto centenario del nacimiento de Francisco Suárez (1548) y el primero de la muerte de Jaime Balmes (1848). Dos figuras cumbres de la Filosofía española. Ambos destacaron su recia personalidad en momentos cruciales del humano pensamiento. Los dos abrieron nuevas rutas a la perenne inquietud de la Filosofía, sin renunciar a las verdades conquistadas al filo de una labor multiseccular. Revivieron lo ya adquirido, y proyectaron nueva luz sobre los infinitos matices de la realidad, siempre fecunda en virtualidades inexploradas.

El temario del Congreso no tiene carácter alguno restrictivo, sino de simple orientación para quien no tuviera algún tema de preferencia, dentro de las directrices generales señaladas por sus epígrafes: 1) El problema del Conocimiento. 2) Ciencia y Filosofía. 3) Metafísica. 4) Filosofía social y jurídica. 5) Suárez y Balmes en la Historia de la Filosofía.

La participación en el Congreso podrá ser en una de las tres clases siguientes de miembros:

DE HONOR: para entidades colectivas y para individuos que así especialmente lo deseen. Tendrán derecho a participar en todas las actividades del Congreso y a recibir las actas del mismo; su cuota de inscripción es de 500 pesetas.

ACTIVOS: serán considerados como tales todos los señores que envíen comunicaciones al Congreso, y tendrán derecho a todos los actos y publicaciones del mismo; su cuota es de 100 pesetas.

ADHERIDOS: sólo tendrán el derecho de asistencia a las sesiones; su cuota es de 25 pesetas.

Los trabajos escritos se admitirán solamente hasta el 15 de septiembre de 1948 (1).

(1) Para más amplias informaciones, dirigirse al Instituto «Luis Vives» de Filosofía, Secretariado del Congreso Internacional de Filosofía, Serrano, 123, Madrid, adonde asimismo deberán dirigirse los trabajos e inscripciones.

VOZ DE ESPAÑA

SOCIEDAD ANÓNIMA



DOBLAJE DE PELICULAS



BARCELONA

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual 100'— Ptas.

Semestral 50'— »

Trimestral 25'— »

Número ordinario 5 ptas.

Tomo 125 »

Pagamos ejemplar n.º 39 a diez pesetas. Teléf. 22446

LECTOR

Varios padres misioneros españoles, que en las lejanas tierras de la India han conocido nuestra Revista, son grandes entusiastas de CRISTIANDAD ¿Quieres costear su suscripción?

Telefona al n.º 22446 y se te dará el nombre de tu favorecido

LA INQUISICION

J. M. Orti y Lara

Precio especial para nuestros suscriptores
10 pesetas

HISTORIA DE LAS SOCIEDADES SECRETAS

en 3 tomos
Vicente de la Fuente

Precio especial para nuestros suscriptores
45 pesetas los 3 tomos

Pídalos en nuestra Administración

Precio del ejemplar: 5 ptas.

Llamamiento de los niños alemanes a los niños y madres españolas:

«NOS ESTAMOS MURIENDO DE HAMBRE Y DE FRÍO. Estamos seguros de que vosotros tendréis compasión y haréis lo posible por socorrernos. Así se lo pedimos al Señor y a la Virgen, nuestra Madre.»

DONATIVOS

MADRID: P. Carlos Saurer, S. J., Delegado de los Obispos alemanes
Alberto Aguilera, 23

BARCELONA: Cta. cte. «Liga de Caridad», B. H. Americano y Tusquets
Para donativos ropa, etc. (aun usados) Colegio PP. Jesuitas, Caspe, 25

CRISTIANDAD

NÚMERO 95 - AÑO V

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 902, 2.º, 1.º - Telé. 22446

BARCELONA

1 de Marzo de 1948

Granvía, 1, 1.º - Telé. 222567

MADRID

«Y en aquella hora le dejó la fiebre...»

La filosofía novísima, a la que va vinculado el nombre de «existencialismo», no es un sistema o escuela, sino más bien una reacción de diversas individualidades poderosas contra la tendencia a reducir la especulación filosófica a un ensamblaje de fórmulas abstractas, casi diríamos a un juego de ingenio: su más urgente preocupación, en adelante, la constituirá el hombre concreto y su destino, que transcurre ceñido por sombríos horizontes.

En la medida en que esta actitud fuese, no un nuevo estilo de exhibicionismo, sino la expansión de un espíritu sinceramente atormentado por la «necesidad de amar y de esperar» ¿qué duda cabe de que el hombre se encontraría desde ahora enfrentado con lo más íntimo y profundo de sí mismo, de que se encontraría, por consiguiente, más próximo a entender y recibir el mensaje del Corazón de Cristo que la Iglesia le transmite, mensaje todo él de amor y de esperanza?

No es un secreto para nadie que la mayoría de estos escritores buscan apagar su sed en fuentes bien distintas, por ahora, de aquél. Corazón hoy más que nunca «saciado de oprobios»; y sin embargo, también en este terreno del pensamiento filosófico pueden descubrirse síntomas de esperanza para cuando llegue el día providencial de la reconversión de nuestra Sociedad. Un solo hecho significativo: el hombre está abandonando antiguas posiciones de una falsa seguridad, y siente y reconoce dramáticamente su debilidad e impotencia.

Sólo Dios puede llenar el corazón del hombre y el hombre, estúpidamente, viene empeñándose desde hace siglos en vaciarse de Dios, pero ahora este vacío está irrumpiendo violentamente en el centro de su conciencia, y el hombre siente su vacío como nunca lo había sentido quizás.

Un paso le queda por hacer, de la mayor importancia, para encontrarse en condiciones de recibir la gracia de la Luz, optar, no por la desesperación, sino por la humildad, no por convertir en espectáculo y tema su propia indigencia, como antes había hecho con su binchazón: sino en arrepentimiento y plegaria.

Cuando tal haga, entonces estará naturalmente preparado para rendirse al imperio de Cristo, para recibir en sí el depósito apaciguador de la verdad. Sobre su frente agitada por crisis dolorosas, por una insoportable alternancia de fases maníacas y depresivas, el Ángel de las Escuelas vendrá a apoyar, en nombre de Dios, sus labios.

Al referirse a este venturoso momento, los historiadores de siglos venideros podrán escribir la frase del Evangelio: «Y en aquella hora le dejó la fiebre». Y darán gloria a Cristo por este milagro de su poder y de su amor.





Por las intenciones generales y particulares del Sumo Pontífice.

(Intención del Apostolado de la Oración del mes de Marzo)

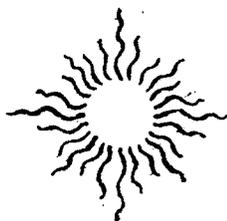
Para la explanación de esta intención, ver las intenciones anteriores de enero de 1937-1947.

¿Cuál es la causa de que hayamos puesto esta intención en el mes de marzo y no en enero, como era tradición de los últimos diez años? En el mes de marzo se celebra el aniversario de la coronación del Papa Pío XII, aniversario que siempre es festejado por los fieles con cierta solemnidad.

Los Mensajeros del Corazón de Jesús y otras publicaciones del Apostolado de la Oración ofrecen a los lectores en este mes, de una manera digna de encomio, artículos dirigidos a aumentar la reverencia, la devoción y el amor al Vicario de Cristo, y a la Iglesia Católica. Oportunísima nos ha parecido esta ocasión para encomendar con el máximo fruto las intenciones del Sumo Pontífice.

Cuáles sean las intenciones generales del Papa ya lo hemos expuesto muchas veces. En cuanto a sus intenciones particulares, actuales, urgentes, en el mes de marzo de 1948, nada podemos decir ahora —abril 1947— a ciencia cierta. Atiendan los Redactores, en el curso del año, a las cartas encíclicas, epístolas, alocuciones, mensajes radiofónicos del Sumo Pontífice, en los cuales suele manifestar los deseos de su corazón y los graves asuntos que ha de tratar.

(Del original latino de la Dirección General del Apostolado. Roma).



RAZON DE ESTE NUMERO

CRISTIANIDAD se ocupa en el presente número del problema— callejón sin salida, tremenda «aporía» — del pensamiento filosófico actual. Nos hallamos, como todos los años por esta época, alrededor de la fiesta conmemorativa del gran Santo y filósofo Tomás de Aquino, Doctor de las Escuelas. Y ¡cuán necesitados estamos de su auxilio en esta cuestión vital!

La filosofía actual ha logrado el contacto ya con el abismo terrible que se abre debajo de sus pies, y un grito desgarrador de angustia ante el vacío resuena a través del ámbito intelectual del mundo.

Al fin y al cabo el existencialismo —la novísima filosofía— ha sido consecuente con su desviación radical de los sanos principios. Hasta qué punto pueda ser eficaz para la salvación de la filosofía, para el sosegamiento de las conciencias, y para el hallazgo de la senda de nuestro verdadero destino, la vuelta a la filosofía tradicional, quintaesenciada y valorada por el tomismo, hasta qué punto puede serlo, repetimos, es cosa que por arrastrar nuestra convicción y comprometer nuestra persona, hemos intentado poner de relieve siempre que la ocasión nos ha brindado oportunidades para hacerlo. Hoy, como en años anteriores al

hablar del Doctor Angélico, insistimos en el grave estado de cosas a que puede conducir en la Filosofía y en la vida el alejamiento de la Verdad y de la Doctrina verdadera, que el Santo expuso con tan diáfana pureza y que se conserva como fuente perenne de inagotables tesoros.

Editorial: «Y en aquella hora le dejó la fiebre...»

A propósito del existencialismo: La primacía de la contemplación, por Jaime Bofill (págs. 99 a 101); **Esquemas para una educación integral de la persona, I**, por Francisco Hernanz (págs. 102 a 104).

El existencialismo y su problemática, por Luis Cuéllar, Vicente Armendares y Jorge Pérez Ballestar (págs. 105 y 106); **El orgullo, principio de decadencia intelectual**, R. P. Félix, S. I. (págs. 108 y 109) **La inmutabilidad de las leyes naturales y el gobierno de Dios en el mundo**. Discurso del Papa en la inauguración del XII curso de la Pontificia Academia de Ciencias (págs. 110 a 113).

Los Santos Lugares de Palestina, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 113 a 115).

El Pontificio Instituto Oriental de Roma, por Manuel Candal, S. I. (págs. 115 a 117).

La «Tercera fuerza» y el comunismo, por J.-O. C. (págs. 118 y 119).

Orientaciones Bibliográficas, por Luis Luna (pág. 120).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday.

A PROPÓSITO DEL EXISTENCIALISMO

La primacía de la contemplación

El error sobre la inteligencia

Dice Santo Tomás, al comienzo de uno de sus más vibrantes opúsculos, que no hay error más peligroso que el error sobre la naturaleza de la inteligencia. Esta frase no es una exageración polémica: se ve inmediatamente con sólo considerar que un error sobre la inteligencia es un error sobre la verdad, objeto y perfección suya. Y ¿qué error puede haber más pernicioso, más radical, que el error sobre la verdad? Quien en él incidiere, encontrará cerrado todo camino de salvación, su orientación estará irremediablemente viciada desde el principio: pues el error sobre la verdad no es un error particular, del que pueda librarse, por lo mismo que es particular, alguna zona de nuestra especulación: es un error que afectará a todos nuestros pensamientos y juicios, que corroerá nuestra vida intelectual misma.

Cuando la Iglesia topa con uno de estos errores, todo su ser se estremece: es lo que ocurrió en tiempos de Santo Tomás con el «perverso» averroísmo, y en nuestros días con el no menos perverso modernismo. Polemiza muy bien contra este último el ilustre tomista P. Garrigou-Lagrange, O. P., cuando desenmascara en esta herejía, como su más íntimo carácter, una falsa concepción de la verdad, definida, no como «adaequatio intellectus et rei», sino como «adaequatio mentis et vitae». La malicia de esta concepción aparecerá si notamos que su última consecuencia no es otra que el negar la objetividad de la fe.

Quiero hablar hoy de uno de estos errores sobre la verdad y la inteligencia, de uno de estos errores de alcance universal, el cual, desde su aparición en la baja Edad Media hasta hoy día, no ha dejado ya de ser una constante histórica del pensamiento humano: me refiero al que recibió, en las escuelas, el nombre, hoy anacrónico, de *nominalismo*, el cual se derramó rápidamente de ellas al ambiente de la calle, convertido en vicio intelectual.

Lo universal y lo general

Mas todo error supone una parte de verdad: sin ella, en efecto, ni hubiera podido engañar a los hombres, ni, en casos como el que nos ocupa, persistir de modo tan tenaz. Para desentrañar mejor en el «nominalismo» esta parte de verdad de su parte de error, vamos a seguir el siguiente método: razonaremos de modo más o menos paralelo a como podría hacerlo un nominalista, hasta el momento en que, habiendo concedido a tales razonamientos un exceso de confianza, nos encontremos conducidos a conclusiones inadmisibles. Desharemos, entonces, el camino recorrido, hasta que descubramos el punto preciso en que se ha infiltrado el error.

* * *

Hagamos un esfuerzo de reflexión y fijémonos en lo que es un *concepto*.

Un concepto, es una imagen o reproducción intelectual de una cosa. Ahora bien: ¿Qué digo cuando digo «hombre» o «animal», o «flor»? ¿Cuál es la naturaleza de toda expresión intelectual de la realidad?

En ésta hay, en efecto, «Pedro», o «Juan», o «Andrés»; hay lirios, o rosas, o claveles: nunca «hombre», en general, o «flor», en general. Al formar el concepto de «hombre» o de «flor», la inteligencia despoja al individuo a

quien lo aplica de todos sus caracteres distintivos individuales, para recoger, tan sólo, una especie de precipitado común. Todo concepto (y de la misma manera, toda ley) es una *generalización*.

Aquí comienza el drama más íntimo de nuestro conocimiento. Porque toda generalización es, inevitablemente, un *empobrecimiento*. «Cada palabra que un niño pronuncia (escribe un novelista) es una hecatombe de cosas particulares. Cuando acaba de coger un narciso de los prados y le aplica el nombre de «flor» (aplicable a millones de otras flores y de otros narcisos) lo sitúa en un género, lo reduce al estado de sombra y abstracción: la flor que nombra no es la misma que conserva aún entre sus dedos: no tiene ya color ni perfume.»

Por imposibilidad de aplicar a cada cosa un nombre propio, nuestra mente elabora los nombres comunes, con los que designa, confusa e indistintamente, a los seres entre los que advierte alguna semejanza: da nombres genéricos, de grupo, a las cosas, por imposibilidad de pensarlas y nombrarlas una por una en su infinita multiplicidad.

Esta necesidad del pensamiento humano ¿es puramente subjetiva? ¿Es, realmente, una traición a la realidad, como pretende sugerir el autor citado, o será al mismo tiempo una necesidad objetiva, algo que de cierta manera le viene impuesto por la naturaleza misma de las cosas entre las cuales se mueve? Sí, podría contestarse con razón. El mundo de nuestra inteligencia, su inmediata circunstancia, es lo material, lo sólido, lo cuantitativo; y lo cuantitativo, como tal, es siempre intercambiable: da lo mismo un soldado que otro, un ciudadano que otro, una gota de agua que otra. Lo mismo que la técnica moderna, la naturaleza, al trabajar sobre la materia, produce en serie. El pensamiento humano se limita a expresar, cuando generaliza, este hecho: el «hombre», la «flor», es el hombre «standard», la flor «standard»; el «hombre» «cualquiera», «un» hombre, «aquis homo». Lo mismo da uno que otro.

La ciencia nacida entonces es siempre inevitablemente estadística. Un medir y promediar acontecimientos cuyo valor depende, exclusivamente, de haber realizado un número suficiente de observaciones: es una simple aplicación de la ley de los grandes números. De esta naturaleza es, por ejemplo, la teoría cinética de los gases.

Mas, lanzados que estamos por este camino, podemos preguntarnos: ¿Qué, de la existencia de Dios? La existencia de Dios no es, evidentemente, un hecho catalogable, un objeto de inventario; hay que decir necesariamente, si lo anterior no se corrige, que la existencia de Dios no es objeto de *ciencia*, que cuanto de Él decimos no es un *saber* propiamente dicho... Desde su primer origen, el nominalismo por lo menos ha debilitado hasta casi anularlas las pruebas de la existencia de Dios. Actitudes más radicales, como el *empirismo*, o *positivismo*, o el *agnosticismo kantiano*, a pesar de ser a menudo sistemas tan diversos entre sí como puedan serlo dos sistemas filosóficos, llevan oculto en su seno un común prejuicio nominalista.

Rehagamos, pues, tranquilamente, el camino de nuestros anteriores razonamientos. A hacerlo invitaba, justamente, S. S. Pío XII a los hombres de estudio en uno de sus discursos anuales a la Pontificia Academia de Ciencias, al decir que las leyes estadísticas no pueden constituir el fondo mismo de toda ley, que no pueden ser de esta clase las leyes fundamentales de la naturaleza, como pretenden las teorías físicas más avanzadas, sino que hay que

reconocer la prioridad a las leyes «dinámicas» (que el nominalismo no puede menos que ignorar), y que son las únicas que merecen, propiamente, el nombre de ley.

¿Qué, pues?

Puede decirse de la doctrina que nos ocupa aquello de que es cierta en lo que afirma y falsa en lo que niega u omite. En efecto: que nuestro pensamiento sea una *generalización*, nada más cierto; pero que sea *tan sólo* una generalización, aquí está el fallo de esta concepción tan sutilmente engañosa. Es preciso, para superarla, profundizar algo más, ni que sea del modo elementalísimo, como es posible hacerlo aquí, sobre la naturaleza de la inteligencia y sobre el modo *universal* de nuestro pensar.

Nuestra inteligencia, decimos, necesariamente generaliza cuando pretende formular juicios sobre las cosas. Todo predicado se toma siempre como general. Ahora bien: la generalización es indudablemente un índice de debilidad, algo que conviene al pensamiento humano *por ser humano*, por su proximidad y vecindaje con el mundo de la materia; pero si lo consideramos ahora, no por ser humano, sino *por ser pensamiento*; y por consiguiente, como algo *radicalmente distinto* de la sensibilidad y de la imaginación; como algo que no se mueve ya en el mundo de la materia, sino *en el mundo del ser*, observaremos entonces un aspecto suyo que en la descripción anterior había pasado inadvertido, a saber: que el modo universal de nuestro pensar si por una parte es un proceso de generalización, de desindividualización, es, al propio tiempo, un proceso de *esencialización*, de *desmaterialización*; la expresión intelectual de las cosas es, entonces, algo completamente original y heterogéneo comparado con toda imagen sensitiva de las mismas, pues recojo de ellas, justamente, su núcleo ontológico, su esencia, «lo que son». Cuando digo «Pedro es hombre» el dinamismo intelectual apunta, no a disolver en un predicado abstracto todos los elementos individuales del sujeto «Pedro», con el fin de satisfacer una necesidad práctica de clasificación, sino a descubrir, entre la pluralidad de sus notas, ofrecidas en tropel y «ex aequo» a mis sentidos, aquella, justamente, que pone en todas ellas un orden y una razón de ser.

Si ello es así, si en el fondo de todo individuo hay una unidad primitiva y necesitante que asegura su consistencia e inteligibilidad, un elemento de permanencia, entonces se comprende que su acción misma se hará inteligible y capaz de ser definida no por un mero proceso inductivo, por nivelación de casos semejantes, sino como una verdadera ley: como una expansión predeterminada por la naturaleza del sujeto. La actividad de los seres puede expresarse en adelante, en leyes verdaderamente tales, en *leyes dinámicas*.

Cambia, con esto, todo el aspecto del mundo exterior y material. Desde ahora es, ni más ni menos, una Naturaleza. Pero un problema metafísico surge, expresión de un misterio que es tal vez el más profundo que se esconde detrás y en la patencia misma de estas cosas para nosotros tan familiares. Se referiría a él quien, en este momento, preguntará: Si el pensamiento busca desentrañar, en cada cosa, su esencia, ¿cómo se explica que las cosas *converjan* en su esencia? ¿No parece más bien que lo esencial, lo *propio*, ha de contraponerse a lo común, y no coincidir con ello? ¿Cómo se explica esta *comunidad ontológica radical* que ha de haber en las cosas, si el nombre genérico no está limitado a una mera *comunidad lógica* o conceptual?

Lo múltiple, como múltiple, no puede ser uno; lo diverso, como diverso, no puede ser semejante. Siempre que nos aparece una multiplicidad ordenada, es decir, unificada de alguna manera, ha de haber un principio de este orden y de esta unidad. Y este principio ha de trascender el orden mismo que crea. Si una concepción nominalista elimina a Dios de entre el conjunto de los seres que de alguna manera podemos conocer, la concepción tradicio-

nal opuesta lo postula necesariamente. En el fondo mismo de cada cosa, en esta región profunda en que todas y cada una de ellas están ancladas, la Naturaleza no es más que un reflejo, pálido e imperfecto, de la Divinidad. Dios está presente en el fondo de cada criatura, «en los elementos dando el ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres dando a entender»; Dios habita en el fondo de todos los seres y se nos manifiesta en ellos y por ellos.

Contemplación y acción

El pensamiento moderno se ha desvinculado de esta concepción. En diversos momentos han caído, los «sabios», en la pretensión orgullosa de mirar a Dios cara a cara, en su propia Luz, y han despreciado el solo modo de conocerle de que es capaz la naturaleza humana, a saber: en la penumbra de las cosas y de nuestra propia alma. Pero esta posición es prácticamente insostenible, choca con demasiada violencia con nuestra experiencia de cada día: entonces ha predominado, no tan sólo en las escuelas, sino en todo el ambiente cultural y vulgar, la tendencia opuesta, y el nominalismo ha dado su fruto natural de ateísmo, de desvinculación del Mundo y del Hombre con respecto a Dios. El pensamiento humano, entonces, ¿iba a quedar condenado a flotar entre el cielo y la tierra, en un mundo abstracto e irreal, el mundo de la lógica, de las generalizaciones?, ¿podría superar este enojoso estado, esta ridícula posición en que suele retratarse el «sabio»: entregado, fuera del mundo y de la vida, a ejercicios de cavilación inútil, a la fabricación de utopías sociales o de novelas cosmológicas? Y si hay para la ciencia un camino para salir de este estado de eterna distracción, para salir de estas nubes en donde, cinco siglos antes de Jesucristo, los cómicos del tiempo situaban a Sócrates, el filósofo, ¿cuál es este camino?

El camino, ascendente, de la contemplación estaba cerrado con una valla de desprecios. Era lo «gótico», lo bárbaro, la mentalidad de una época históricamente superada. El camino de la contemplación había sido el de San Bernardo, el de Santo Tomás y San Buenaventura, el de la poesía y de la mística: no podía seguir siendo el de los nuevos tiempos, en que tenía lugar la epifanía de la ciencia. El contemplativo sabía ver en la ley general el misterio de la Naturaleza, el misterio del Hombre y de Dios. En y por cada ley, descubría al Legislador divino y al legislador humano, ya que Dios había sometido a todos los seres al imperio del hombre. Sabía superar el interés fugaz que tiene el ejercicio de la especulación buscada por sí misma, el mero juego intelectual; buscaba, no saber por saber, sino saber para amar. Por esto anda siempre persiguiendo, entre la fronda de las cosas, la presencia de la Persona. Es teocentrista y al mismo tiempo antropocentrista. La aparente serenidad de su saber esconde la locura de un enamorado. En su morada del mundo, busca la convivencia con Dios y con el prójimo.

De esta manera, por el camino de la contemplación, que es saber riguroso, pero *dirigido a objetos individuales*, superaban, los antiguos, la inevitable generalización del pensamiento científico. Ciertamente que para ello la inteligencia debía llamar a todas las demás potencias en su auxilio: debía recibir el influjo y el apoyo tanto de la *voluntad afectiva* como de la *imaginación*.

Del primero de estos dos imprescindibles concursos ya hemos hablado, por poco que haya sido. Preguntémosnos ahora: ¿Qué función compete a la imaginación en nuestro conocimiento, en nuestro esfuerzo por entrar en contacto, lo más pleno y total posible, con el Ser? La imaginación, en primer lugar, prepara para la inteligencia las imágenes *de las cuales* extraerá ésta la ciencia y la ley; en segundo lugar, una vez formulada la ley y definida la esencia, *ejemplificará*, por así decirlo, una y otra, formando de nuevo

las imágenes en las cuales la inteligencia considerará la esencia y la ley. El acto de contemplación, que es intuitivo, no discursivo; que es un «ver» y no un «deducir» tiene por objeto *lo universal en lo particular*: ve el tipo en el personaje, ve la naturaleza universal y profunda, «el» hombre, no de modo descarnado, sino encarnado en un individuo operante, dramáticamente operante en un ser humano en el que nada es accesorio, sino todo es significativo.

La necesidad, para el conocimiento contemplativo (que es un conocimiento intelectual de lo singular) del concurso de la imaginación, no es meramente subjetiva: nos viene impuesta, lo mismo que otros caracteres de nuestro modo humano de entender, por la naturaleza sensible de los objetos entre los que nos movemos. Ellos, para alcanzar el máximo bien de la existencia, deben revestirse, si vale la frase, de formas fantasmales, que sólo nuestra imaginación o fantasía puede detectar.

Los antiguos comprendieron el magno papel que juega la imaginación para que el hombre pueda elevarse al acto más perfecto suyo, cual es el contemplar. La educación de la imaginación reviste, para este fin un papel primordial. No es de extrañar que todo gran metafísico se doble, necesariamente, de poeta. Dios mismo se ha plegado a esta exigencia haciéndose no sólo hombre, sino niño. La ontología no puede hacerse sin ternura, y ésta requiere el concurso de todas nuestras facultades sensibles.

* * *

El pensamiento moderno ha escapado de otra manera de la región de la pura abstracción y de los pensamientos generales. No ha seguido el camino ascendente de la contemplación, sino el descendente de la técnica. Antes que posar su corazón en los cielos, ha preferido posar bien los pies en la tierra. También la voluntad y la imaginación han sido precisas para que la inteligencia pudiera dar este paso. Pero no se trata ya, ahora, de la voluntad *afectiva*, sino de la voluntad *efectiva*: el conocimiento especulativo se valora, entonces, en función del quehacer a que en definitiva se ordene. Y paralelamente, la imaginación *poética* cede el paso a la imaginación *matemática*. Una nueva era ha comenzado, una nueva concepción del mundo y del hombre: en adelante (la comparación de expresiones es de Bergson), el *homo sapiens* cederá la primacía al *homo faber*, para quien su vocación y destino en el mundo consiste, ante todo, en asegurar la efectividad de su dominio sobre las cosas, plegándolas a sus caprichos. No las llamará, en adelante, «hermanas», ni las seguirá mirando amorosamente, con amor como de amistad, porque sabe que en su ser más recóndito se esconde un Dios enamorado que le acecha; las tratará en señor absoluto, y se les impone despóticamente. Ellas, desnudas y patentes a sus ojos, pierden la profundidad del misterio y adquieren la racionalidad de la máquina. La naturaleza no es otra cosa que el taller de un artesano: hay que hacerla rendir, exprimir, hasta el máximo, sus posibilidades. El hombre busca en la naturaleza, en vez de emprender, a partir de ella, el antiguo vuelo...

* * *

Entregado febrilmente a sus nuevas tareas, pronto ve el hombre cómo se levanta ante sí el ingente edificio de la

civilización moderna. Sus triunfos le embriagan, y se adora a sí mismo en su obra. Día vendrá en que irrumpirá violentamente en su conciencia todo un río de insatisfacción, cuya existencia dentro de sí mismo no había sospechado. Había organizado su vida en el desprecio de toda intimidad, y ahora (estamos próximos a nuestros días), le asalta la angustia de la soledad y de la muerte. Perdido en el mundo, sin Dios y sin alma, cerrados para él los caminos de un destino inmortal, convertido en cosa entre las cosas, odiosamente vinculado a sus semejantes como los engranajes de un mismo mecanismo, entona ahora, en pleno desierto de arideces, el canto de su desesperación. Es, la suya, la «existencia trágica» contra la que el existencialismo se debate en vano. No podía, el hombre moderno, esperar otro desenlace: organizó un mundo sin amor, y su obra se venga pagándole en la misma moneda.

La primacía de la contemplación

Sometida al tiempo, donde ella discurre, la ley de la acción es la fugacidad. Los antiguos conocían bien esta ley de la acción; por esto no la buscaban como un fin, sino para un fin; y el fin de la acción era, para ellos, la consecución de un clima favorable en que la contemplación pudiera florecer. Este clima es la paz. La concepción moderna de la acción, todo agitación y movimiento, se contraponen a la concepción antigua de la acción, ordenada a calmar el tumulto de los acontecimientos exteriores y el tumulto de las propias pasiones. Los antiguos no negaban, como a veces se pretende, el valor de la acción; lo que negaban era su primacía. La consideraban como una preparación o una redundancia. La contemplación debía mantenerla en contacto con la eternidad.

Los antiguos sabían que la vida contemplativa, por la cual el hombre «arde en deseos de contemplar la Belleza divina», vale más que la vida activa. Santo Tomás no se cansa de repetirnoslo. La contemplación no se opone a la vida, al contrario: es la forma más alta de la vida, porque, si toda vida nace de un amor, la contemplación es el efecto del amor más alto, a saber, de la caridad, del amor interpersonal.

Por lo que tiene de saber, y saber riguroso, la contemplación asegura nuestro amor contra sus propias veleidades, estabilizándolo en la verdad. De la contemplación brota una acción no despótica, sino abnegada y humilde. Porque la contemplación tiene por principio y fin el amor, el contemplativo se abandona a Dios, que le ama, y se sacrifica por sus hermanos porque Dios les ama. El conocimiento cierto de Dios y del prójimo precede a la caridad. Porque es verdad y es amor, la contemplación asegura entre los hombres su fundamental unidad.

La contemplación huye, como de enemigo irreconciliable, de la fórmula general, abstracta y fría. Se sabe que la verdad y el bien culminan en lo existente, en el ser. Pero no busca ya elaborar fórmulas sobre el ser, «tratar del ser», ni tampoco construir por sí y para sí un mundo y su vida: «tratar del ser», como dice Heidegger. Más bien, de modo modestísimo y ambicioso a la vez, trata de convivir con el Ser, de comulgar con él, de participar de su Vida. Pero esto no se consigue con una conquista, sino con una plegaria...

Jaime Bofill



Esquemas para una educación integral de la persona

(La educación en la síntesis tomista)

I

UN PLANTEAMIENTO MODERNO DEL PROBLEMA

Nuestro propósito

La materia que queremos tratar es delicada cual corresponde a una cuestión de importancia capital y de candente actualidad. El problema de la educación tal como se presenta a nuestros ojos hoy es de extraordinaria complejidad. Parecerá, pues, gran pretensión querer enfocar tal problema, como es nuestro propósito, a la vista de soluciones que nos ofrece la seria consideración de una obra medieval, llevada a cabo por un hombre del siglo XIII. El historicismo, al uso en la actualidad, diría que queremos resucitar algo que ya está definitivamente muerto e irremediablemente traspuesto en la veloz carrera de la Humanidad a lo largo de su Historia.

No hay duda que en nuestros días los problemas alrededor del hombre y de lo humano se plantean de un modo nuevo, adaptado a las exigencias que el mundo moderno ejerce sobre el pensador. Efectivamente, resulta absurdo querer encontrar ahora los mismos planteamientos y los mismos problemas concretos que en el pensamiento de un filósofo antiguo. Pero sin duda que muchas soluciones están ya dadas, aunque envueltas en el ropaje de problemas suscitados por gracia de otras preocupaciones y otros motivos históricos.

Y, sin embargo, hay algo que no muere porque no puede morir. Los principios, en definitiva, jamás dejarán de ser y de tener vigencia. Porque, tomada en su riguroso sentido, la verdad siempre ha sido la misma.

En alguna ocasión dijimos (1) que la obra de Santo Tomás contiene una riqueza exuberante de doctrinas pedagógicas, y que, en último extremo, se propone el gran tema de la educación del hombre. Hoy insistimos sobre el mismo punto, pero esta vez haciendo hincapié en las graves necesidades de nuestro tiempo.

«Aquellos males que entonces hemos deplorado —decía León XIII en 1878 (2)— han crecido hasta tal punto en tan breve tiempo, que otra vez nos vemos obligados a dirigirlos la palabra, como si resonasen en nuestros oídos la del Profeta: *Clama, no ceses: levanta como un trompeta tu voz.*» (In., 58, 1.)

Y en 1932 Pío XI (3):

«Si recorremos con la mente la larga y dolorosa serie de males que, como triste herencia del pecado, han señalado al hombre caído las etapas de su peregrinación sobre la tierra, desde el diluvio hacia acá, difícilmente nos encontraremos con una calamidad espiritual y material tan profunda y universal como la que padecemos ahora.»

Resulta obvio a la vista de estos textos que la voz de los Papas tiene tonalidades de una grave preocupación. Los remedios que señalan no dejan lugar a dudas porque son tajantes: la Humanidad ha de purificarse en las aguas límpidas y prístinas del manantial:

«Narra el Sagrado Evangelio que, cuando Jesús fue crucificado, *las tinieblas invadieron toda la superficie de la tierra* (Mat., XXVII, 45); símbolo espantoso de lo que sucede y sigue sucediendo espiritualmente, dondequiera que la incredulidad, ciega y orgullosa de sí, ha excluido de hecho a Cristo de la vida moderna, especialmente de

la pública; y con la fe de Cristo ha sacudido también la fe en Dios. Los criterios morales según los cuales en otros tiempos se juzgaban las acciones privadas y públicas, han caído, como por consecuencia, en desuso; y el tan decantado laicismo de la sociedad que ha hecho cada vez más rápidos progresos, substrayendo el hombre, la familia y el Estado al influjo benéfico y regenerador de la idea de Dios y de la enseñanza de la Iglesia, ha hecho reaparecer, aun en regiones en que por tantos siglos brillaron los fulgores de la civilización cristiana las señales de un paganismo corrompido y corruptor, cada vez más claras, más palpables más angustiosas: *las tinieblas se extendieron mientras crucificaban a Jesús.* (Brev. Rom. Viernes Santo, resp. V.)»

«Muchos, tal vez, al alejarse de la doctrina de Cristo no tuvieron pleno conocimiento de que eran engañados por el falso espejismo de frases brillantes que proclamaban aquella separación como liberación de la servidumbre en que anteriormente estuvieron retenidos; ni preveían las amargas consecuencias del lamentable cambio entre la verdad que libra y el error que reduce a esclavitud; ni pensaban que renunciando a la ley de Dios, infinitamente sabia y paterna, y a la unificadora y ennoblecedora doctrina de amor de Cristo, se entregaban al arbitrio de una prudencia humana pobre y mudable; hablaban de progreso cuando retrocedían; de elevación cuando se degradaban; de ascensión a la madurez, cuando se esclavizaban; no percibían la vanidad de todo esfuerzo humano para substituir la ley de Cristo por algo que la iguale: *se infatuaron en sus pensamientos.* (Rom., 1, 21.) (4).»

No cabe el anacronismo; ni se trata de renegar del progreso humano, que es admirable. Pero la vida, lo que debe de entenderse por verdadera vida humana, no ha corrido parejas con el progreso material del mundo. Antes, por el contrario, ha descendido ostensiblemente de tono. Esto parece ser cierto por mucho que se opongan a ello brillantes ingenios del pensamiento y de la literatura, resonadores más o menos voluntarios de Nietzsche, que vivió en la última mitad del siglo XIX.

«Nuestra vida —dice, pongamos por caso, Ortega y Gasset— como repertorio de posibilidades es magnífica, exuberante, superior a todas las históricamente conocidas. Mas, por lo mismo que su formato es mayor, ha desbordado todos los cauces, principios, normas e ideales legados por la tradición. Es más vida que todas las vidas y, por lo mismo, más problemática. No puede orientarse en el pretérito. Tiene que inventar su propio destino.»

Es muy posible que la vida sea hoy más problemática que nunca, pero ¿será por eso más vida? ¿Es que la vida perfecta, en última instancia, es problema? ¿Acaso no es más vida —un existir más perfecto y consciente— aquella a que aspiran, incluso muchos paganos, cuando, retirándose de la lucha pasional del mundo, apuntan a un puro vivir contemplativo (bios zeorethikos)? ¿Y qué decir de la vida mística? ¿Y de la divina?

No, la vida no es problema; en todo caso misterio.

Un perspectivismo tal lleva al hombre hasta el extremo destino humano sería algo así como un dibujo sobre la de tener que inventar su propio destino. En este caso el

(1) Vid. CRISTIANDAD, núm. 25 y 28.

(2) Encíclica «Quod apostolici».

(3) Encíclica «Caritate Christi compulsi».

(4) Pío XII-Encíclica «Summi pontificatus» (1939).

líquida superficie de la circunstancia histórica anterior, y no un trazo indeleble que ahondando en el alma apuntase al hombre hacia su inexorable condición.

Mal podemos, pues, conformarnos con estas expresiones. Permitásenos, sin embargo, traer aquí algún aspecto del análisis, verdaderamente notable en ciertos puntos, que de nuestro tiempo hace en una de sus obras más celebradas el autor citado (5). Tal estudio servirá a nuestro propósito, que consistiría en señalar un camino de regeneración.

Alguien se preguntará irónicamente si la Humanidad puede educarse y regenerarse como lo puede hacer un niño o un hombre. Nuestra contestación es rigurosamente afirmativa. ¿Por ventura no lo fué gracias al cristianismo? No es ni puede ser tarea fácil habiendo llegado al presente estado de cosas; pero es perfectamente posible, si advertimos que el hombre ha sido y está siendo educado en nuestro tiempo para aquello de lo que ahora nos lamentamos. En última instancia topamos con el hecho, gravísimo por todos los conceptos, y que Ortega relega a aquella obscuridad donde todos los gatos son pardos (6), de que habría que educar a los educadores, a la gente selecta, cuya desorientación, por ser hombres que cultivan la vida del espíritu, es más sombría, más terrible, en una palabra, más grave en consecuencias. ¿No sugerirá esta idea la consideración misma del tipo de filósofo existencialista?

El imperio de las masas

Uno de los fenómenos sociales que en los últimos tiempos ha llamado más la atención del sociólogo, del filósofo, del político, es lo que ha venido llamándose la «rebelión de las masas». ¿No sentirá el educador este problema social si considera y piensa en la responsabilidad que particularmente a él le cabe en la producción de tal fenómeno?

Nadie pondrá en duda que la masa ha irrumpido hasta el primer plano del mundo y amenaza con arrollarlo todo, sin poner a salvo ni siquiera aquello que es lo más calificado y venerable, ni mucho menos los preciosos tesoros culturales, patrimonio de nuestra civilización; haciendo recaer así a la Humanidad en una nueva barbarie.

La masa es la sociedad en cuanto cantidad, el conjunto de los muchos, lo amorfo e innominado, lo opuesto a distinción y minoría, lo pasivo frente a lo activo. Siempre ha habido masas, constituidas en todo momento por lo indiferenciado del cuerpo social. Sin embargo, nunca como hasta hoy las masas se mostraron tan amenazadoras y absorbentes, tan rebeldes; en una palabra, tan desmentidoras de su genuina función histórica. El ideal de masa estriba en la docilidad, en la coherencia, en la aptitud para recibir forma, carácter y dirección. Hoy la masa ha dejado de ser plástica y como arcilla que no prende manifiesta una rebelde tendencia a no dejarse modelar por el grupo humano de selección que siempre ha trabajado sobre ella. La masa ha venido a ser anárquica primero, pero, lógicamente, tiránica después.

Los hombres-masa se notan, hoy como nunca, solos en su libertad, con el peso tremendo y paradójico de su vacío; sin Dios y sin amo se encuentran señores de su desierto; congregados por el miedo se les ve acudir presurosos a un redil cualquiera donde sin reflexión y sin entusiasmo ofrecen su desvalorada persona en dádiva inconsciente y falaz. La masa acaba así en manos de un desaprensivo, engañado igualmente, pues no en vano este ostentoso conductor de multitudes procede de la masa misma.

El liberalismo y la técnica

Las causas de este hecho tan grave para nuestra civilización son complejas; pero seguramente dos de las más

(5) «La rebelión de las masas», por Ortega y Gasset.

(6) Frase por otra parte, muy del agrado de Ortega para ironizar a costa de alguna idea o de algún autor.

destacadas e importantes son el *liberalismo* y la *técnica* (7).

El liberalismo ha trascendido a la política, a la economía y a la educación, inculcando en los espíritus la creencia en su independencia. Con ello se ha pretendido romper los vínculos que unían y situaban al individuo dentro de las instituciones consagradas y tradicionales como el Gremio, la Escuela, el Estado, la Iglesia y la Familia.

Se ha querido sacudir toda carga de autoridad para hacer gravitar sobre el individuo el peso entero de su propia existencia. En una palabra, se ha educado a la masa para que no lo fuese a la perfección, sino para rectora de la vida pública. Por bueno que quiera ser el propósito, el resultado ha sido lastimoso. Incapaces de administrar su libertad, abrumadas por tan tremenda responsabilidad, las masas han buscado ávidamente a un hombre-masa para echar malhumoradas sobre sus espaldas el estorbo de su libertad con la cual no sabían qué hacer. Perdidas y próximas al naufragio han confiado la dirección con estrépito y grandes alharacas a un piloto improvisado, haciendo tanto ruido para ahuyentar su miedo.

Por otra parte la técnica. Lo que llamamos «ciencia moderna» es una de las más extraordinarias empresas que el hombre haya jamás llevado a cabo. Tan prodigiosa hazaña llena al científico de gozo y de exaltación. Paralelamente a este adelanto portentoso, la técnica ha ido eliminando mil obstáculos como también los tuvo que eliminar el científico en su laboratorio sirviéndose de su preparación y de su perspicacia privilegiada y genial, y ha llegado a cristalizar en resultados magníficos, poniendo al alcance del hombre unas posibilidades que ni siquiera soñaron las épocas pretéritas.

Desde este punto de vista la hora actual tiene grandeza y vastos horizontes.

«Contemplamos de una ojeada —dice el Papa actual (8)— los resultados de estos trabajos maravillosos; vemos que representa no tanto la conclusión, sino más bien la indicación hacia nuevos conocimientos...» Y un poco más adelante. «¡Admirable conquista del intelecto humano que estudia e investiga las leyes de la naturaleza, llevando a la Humanidad por nuevos caminos! ¿Puede haber un concepto más noble?».

«Trabajad animosamente—dice por su parte León XIII— en el estudio de las cosas naturales, en el cual los inventos ingeniosos y los útiles atrevimientos de nuestra época, así como los admiran con razón los contemporáneos, así los venideros los celebrarán con perenne aprobación y alabanzas (9).»

Pues bien, los beneficios de la ciencia han llegado hasta las masas, y la técnica se lo ha servido en bandeja. La tarea de laboratorio se ha vertido sobre el hombre medio para proporcionarle comodidades materiales, como la actividad de la cátedra para procurarle un arsenal espiritual. De este modo el hombre de la calle se siente aparentemente seguro entre las cosas y entre las ideas, todo lo cual maneja y usa sin entenderlo. De aquí que esté satisfecho, pero sin sentir gratitud por sus bienhechores. Como consecuencia se muestra ligero, superficial, despreocupado y frívolo. Es el clima espiritual que fomentará la rebelión de las masas, y con ello su dominio: el imperio de la vulgaridad, de la chabacanería, de la bufonada como normas de la vida y del arte.

Mirado en su conjunto, nuestro tiempo muestra claras señales del agotamiento espiritual a que se ha llegado. La vida material ha reemplazado casi totalmente a la vida espiritual. Sin embargo, está muy lejos de nuestro pensamiento el establecer un parangón de causa a efecto entre la técnica progresiva y el espiritualismo decadente actual. Pero no deja de ser cierto que se han presentado unidas,

(7) Ambas son señaladas por Ortega y Gasset.

(8) En el momento de escribir este artículo recibimos el texto, no oficial todavía, del Discurso inaugural, que pronunció Pío XII el día 8 de febrero, para las sesiones anuales de la *Academia Pontificia de Ciencias*, del cual son estos fragmentos y cuyo texto íntegro reproducimos en este número.

(9) Alocución 7 de marzo de 1880. Citada por Pío XI en la «*Pascendi*».

lo cual nos lleva a sospechar que no se ha sabido enfocar, delimitar y subordinar adecuadamente los campos en que ambas deben situarse.

Por eso dicen los Papas: «la causa de los cuales errores, quien diligentemente los investigare, hallará que consiste principalmente en que en estos nuestros tiempos, cuanto mayor es el fervor con que se cultivan las ciencias naturales, tanto más han decaído las disciplinas más graves y elevadas, de las que algunas casi yacen olvidadas de los hombres; otras se tratan con negligencia y superficialmente y (cosa verdaderamente indigna), empañado el esplendor de su primera dignidad, se vician con la pravedad de las sentencias y la enormidad de las opiniones» (10).

La desintegración de la persona y el existencialismo

Esa seguridad que el hombre encuentra en la técnica no es al fin y al cabo otra cosa, la mayoría de las veces, que una anulación de sí mismo, porque al menor descuido cae en la cuenta de su espantosa soledad, de su aislamiento sombrío y de su total desamparo.

Señalemos, pues, la progresiva desnaturalización y dispersión de la persona humana, y con ello la pérdida de su valor y dignidad. Carente hasta de aquella angustiosa intimidad, el hombre se entrega a realizaciones sin verdadero sentido para él; de lo contrario pasea su melancolía y su nostalgia a través de su alma desolada. Con tan formidible desorientación no es extraño que haya llegado a perder el norte de su destino.

Por otro lado la reacción que la filosofía actual ha emprendido contra todo lo que de cerca o de lejos se refiera a fórmulas generales de estructuración vital ha llevado a las más agudas formas de lo que hoy se llama existencialismo.

No hay duda que el existencialismo es una actitud frente a la cada vez más total anulación de todos los valores personales e individuales a que tienden, como antes señalábamos, los más poderosos movimientos sociales y políticos actuales. Lo que pretende el existencialismo es la valoración exclusiva de la persona humana como tal; situar todas las cosas relativamente en torno suyo; calibrar, en definitiva, todos los valores en función de su valor humano (11).

«Resultan claros —leemos en un autor italiano de la actualidad (12)— los dos caracteres del existencialismo —y que por otra parte son comunes a toda filosofía más reciente—: la exigencia de la persona y el interés religioso. Los dos problemas son recíprocos: fundar filosóficamente a la «persona» es, al mismo tiempo, preocuparse de la «invocación religiosa» (...). Fundar filosóficamente a la persona significa captarla en su «situación» y en su «participación», escrutarla en el estado en que es lanzada a vivir, en la libertad que la forma y la transforma, en la dignidad que la pone por encima de la particularidad contingente y caduca. De aquí una de las características típicas del pensamiento actual: la polémica contra la vida anónima del individuo, uno entre muchos, contra la vida convencional y consuetudinaria, donde se pierde el sentido del propio deber, la llamada al destino, la inclinación a la existencia genuina; en una palabra, la interioridad de la persona, solicitada por las cosas y sumergida en el flujo del tiempo.»

Y un poco más adelante el mismo autor, interpretando la filosofía existencialista de Heidegger, explica:

«La solicitud nos atrae hacia los objetos particulares, cada uno de los cuales se transforma para nosotros en una fuente de preocupaciones; nos lanza al mundo, nos hace caer. El hombre siempre es solicitado hacia otras cosas,

y la solicitud es el conjuntivo de la existencia como «abandono» del ser en el ser-en. El hombre «lanzado» tiene los objetos del mundo, pero se ignora a sí mismo en las cosas, y precisamente porque se ignora a sí mismo no ignora las cosas que lo solicitan, que constituyen el motivo de sus ansias y de sus esperanzas. El hombre no se preocupa de sí mismo, sino de las cosas. La solicitud es una consecuencia de la caída: pone al hombre en una «situación» y le obliga a aceptar sus cometidos, a soportarlos (...). Para Heidegger, como para Kierkegaard, ganar el mundo como realidad sensible, como existividad, es perderse a sí mismo (...). Son bellas estas páginas de Heidegger contra la existencia banalizadora de la vida pequeña, mezquina, impersonal de cada día, que constituye gran parte de nuestra sociedad mecanizada, estandarizada, burocrática hasta la médula, entregada en cuerpo y alma a sus propios intereses utilitarios, uniforme y consuetudinaria, privada de impulso renovador; contra la ansiosa avidez por las cosas, que dispersa el sentido inferior de nuestra existencia y nos hace tan solicitados y preocupados de lo que se refiere a nuestra vida exterior y tan despreocupados e ignorantes del sentido profundo y del sello inconfundible de nuestra personalidad. Es la rebelión del hombre contra la masa anónima, la revuelta de la vida como iniciativa e innovación contra la uniformidad chata y la costumbre mortificante.»

No tenemos ningún inconveniente en hacer nuestros estos párrafos y las ideas que en ellos se encierran; confirman lo que hasta aquí llevamos dicho. Pero nosotros pretendemos ir más lejos y no ya por el camino que nos tiende el existencialismo. De aceptar su ayuda en esta segunda parte del camino corremos el grave riesgo de quedar prendidos en sus redes.

Misión del educador

Nos encontramos con estos hechos: el predominio de las masas y la desintegración de la persona. Por otro lado con una reacción de la filosofía que pretende estabilizar a la persona en sí misma. En cierto modo esto último ya es un tratamiento educativo. Pero ya a primera vista se echa de ver una extraordinaria dificultad: no hay seguridad por ningún lado ni unanimidad. Los mismos que defienden tales teorías no parecen estar convencidos del todo a juzgar por sus vacilaciones y las contradicciones entre su prédica y su conducta. El mal no está sólo en la rebelión de las masas, sino también en la desorientación y el desconcierto de quien habría de educarlas y dirigir las.

Hay que afrontar el problema de un modo integral. A las masas hay que darles una tarea y un ideal; y esa es la misión del educador. Hay que comprometerlas en una empresa; hay que darles un quehacer, una ocupación noble y enaltecedora y convencerlas de que no se puede llevar a cabo sin su obediencia, lealtad y adhesión. Si la educación naturalista y liberal las desató, la pedagogía de hoy debe concretar su misión en aunarlas en una disciplina solidaria, en una subordinación esencial para acometer aquella empresa, empresa digna de la hora actual. Si se hizo hincapié en sus derechos ahora debe de recalarse sus deberes.

Valorar la persona, como hace el existencialismo, nos parece bien. Por eso precisamente creemos en la eficacia que la filosofía tomista, entendida medularmente, puede tener en nuestros días. Aquellos derechos y aquellos deberes de la persona están ya diseñados en la filosofía cristiana, y sobre todo en la obra de Santo Tomás.

Los grandes males actuales parecen exigir una educación social que se apoye sobre los eternos principios de la moral cristiana. Pero antes de construir habremos de asegurarnos de que los materiales están en perfectas condiciones. Se requiere una educación individual, la regeneración de la persona.

Francisco Hernanz

(10) León XIII, Loc. cit.

(11) En el fondo de estas ideas volvemos a encontrar, amparándonos, el pensamiento de Nietzsche.

(12) Michele Federico Sica. «La filosofía hoy».

CRISTIANDAD se complace, en este número, en poner en contacto con sus lectores a unos estudiantes de los últimos cursos de Filosofía de la Universidad de Barcelona. Sabiéndolos preocupados en profundizar los graves problemas que, por falta de una entrega sin reserva a la verdad de Cristo, aprisionan al pensamiento moderno, les ha rogado que le facilitasen una selección de textos y autores representativos de este pensamiento, suficientes para ejemplificar, ante el lector no especializado, sus aciertos lo mismo que sus lagunas y sus positivos errores. Que esta primera colaboración sea inicio de otras sucesivas que para todos serán indudablemente fructíferas.

El existencialismo y su problemática

«La Filosofía no podía desentenderse del hombre concreto que la posibilita.»

Se acostumbra a decir que el existencialismo es la filosofía de moda. Sin embargo, el que tal moda esté durando ya un cuarto de siglo y no se reduzca a los cafés y escenarios parisienses denuncia un hecho mucho más profundo, ante el cual no se puede permanecer cruzado de brazos. Más que ante un *snobismo*, nos hallamos frente a la *vigencia de un problema*.

Decir en qué consiste el existencialismo es una *plagada* de riesgos, ya que, como ha observado Fadro, no existe *existencialismo*, sino *existencialismos*, a lo cual se añade la falta de perspectiva inherente a toda caracterización de las ideas de una época desde dentro de ella misma.

Sólo limitándose a esbozar la inquietud de que ha surgido este movimiento filosófico contemporáneo y los problemas con que se enfrenta puede arrostrarse la brevedad periodística y la audacia exigida por el intento.

El existencialismo brotó de una época de *crisis*; es una filosofía de entre dos guerras. Después de la conflagración de 1914-1918 la existencia humana se sentía desgarrada y deshecha, revestía un desesperante carácter de antinomicidad al despertar más que nunca en el hombre la necesidad de amar y de esperar y dejarle más lejos que nunca de conseguirlo. En esta crisis del hombre postbélico se vio la *de toda existencia, el drama constitutivo del hombre*.

La condición humana se reveló como un vivir íntima y desesperadamente los términos de la *antinomia* finitud e infinitud, caducidad y eternidad.

Estaba vivo aquel pensamiento de Kierkegaard: «Lo que yo necesito realmente es ponerme en claro conmigo mismo, saber qué debo hacer. La cuestión no es para mí lo que debo conocer; más bien se trata de *comprender mi destino*; que yo vea lo que la Divinidad quiere realmente de mí; se trata de encontrar una verdad y para mí la verdad es la idea por la cual quiero vivir y morir».

El hombre atormentado dirigió su mirada a la filosofía como lo había hecho Unamuno: «El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere —sobre todo muere—, el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere, el hombre que se ve y a quien se oye... este *hombre concreto de carne y hueso* es el sujeto y el supremo objeto de toda filosofía, quiéranlo o no ciertos sedicentes filósofos».

Ortega nos describe la suerte corrida por el hombre desde el Renacimiento: La pérdida de la fe en Dios deja al hombre sólo con su naturaleza, con lo que tiene. De esa naturaleza forma parte el intelecto y el hombre, obligado a atenerse a él, se forja la fe en razón físico-matemática. Ahora, perdida también la fe en esa razón, se ve el hombre forzado a hacer pie en lo único que le queda y que es su *desilusionado vivir*».

Así, pues, la filosofía no podía desentenderse del hombre concreto que la posibilita. Tenía que adherirse a la existencia del hombre y vivir su mismo drama, sin sobreponer a su problemática un pensamiento abstracto que la escamoteara. Así lo expresa Jaspers al decir: «El hom-

bre es el lugar en el cual y a través del cual todo aquello que para nosotros puede ser *se vuelve real*. Olvidar el ser humano sería para nosotros como un sumergirnos en la nada. Qué sea el hombre —acentúa—, es para el hombre una cuestión capital».

El punto de partida del nuevo filosofar tenía que ser la existencia humana, porque como dice Ortega: «La *realidad radical* es nuestra vida. Y la vida es lo que hacemos y lo que nos pasa. Vivir es tratar con el mundo, dirigirse a él, actuar en él, ocuparse de él».

La filosofía tenía que partir de un análisis de la existencia humana, del «*estar-en-el-mundo*» con que se enfrentó Heidegger en «*Sein und Zeit*». En esta realidad se constituyen recíprocamente la de las cosas y la mía. «Yo soy yo y mi circunstancia» había dicho Ortega.

Estaba, pues, descubierta la *existencia* en la atormentada vida humana: «El sufrimiento —decía ya Unamuno— es sentir la *carne de la realidad*, es sentirse de bulto y de tomo el espíritu, es tocarse a sí mismo, es la realidad inmediata.» Pero también se reveló la *existencia* de las cosas, como describe Sartre: «Aun cuando miraba estas cosas, estaba a cien leguas de pensar que existían, me parecían como una decoración. Las tomaba en mis manos, me servían de útiles, preveía sus resistencias. Pero todo esto pasaba en la superficie. Si se me hubiera preguntado qué era la existencia, hubiera respondido de buena fe que no era nada, justamente una forma vacía que venía a añadirse a las cosas desde fuera, sin cambiar nada en su naturaleza. Y después, he aquí que de repente, se hizo claro como el día: la existencia se había revelado repentinamente. Había perdido su aspecto inofensivo de categoría abstracta; era la masa misma de las cosas, esta raíz estaba amasada en la existencia. O más bien la raíz, las rejas del jardín, la hierba rala del césped, todo esto se había desvanecido; la diversidad de las cosas, su individualidad no era sino una apariencia, un barniz. Este barniz se había disipado, quedaban masas monstruosas y blandas, en desorden, desnudas *en una extraña y obscena desnudez*».

El existencialismo parte, pues, de un doble hecho: *lo desconcertante e ineludible de la condición humana y la presencia hostil y fáctica de las cosas*. Descubre que el hombre occidental sólo se había preocupado de qué y cómo eran él y las cosas, pero que no existen como él creía que eran. Ante todo existen independientemente de lo que él crea que son. El existencialismo encarna la conciencia de que lo primario es que todo existe y existe de una manera determinada, insoslayable y azorante.

Como escribe el P. R. Ceñal, S. I., a la antigua y tradicional filosofía de la *esencia* los existencialistas oponen una filosofía de la *existencia*. Con ello queda expresada su intención precisa y clara de superar aquel antiguo saber esencial, ausente, según ellos, de la verdadera realidad, para restituir la filosofía al reino de lo vivo, de lo existente y concreto. Y la filosofía dejará de ser aquel frío y desinteresado *tratar del ser*, que ocupó tantos siglos, para

transformarse en la más urgente y vital tarea de *tratar de ser*.

Sin embargo, el existencialismo enlaza con la tradición filosófica anterior al asumir la *conciencia histórica* —Dilthey—, el redescubrimiento de la *intencionalidad* —Brentano—, el *antiintelectualismo* —Bergson— y el *método fenomenológico* —Husserl—, que habían arruinado la filosofía oficial del siglo XIX.

Para el existencialismo, en oposición al realismo, el hombre es historia espacio-temporal, no se le puede encontrar una naturaleza estable y única, no es «une chose qui pense». Para él, en contraposición al idealismo, tampoco se pueden ir a buscar las cosas sólo en nuestro interior, porque el mismo modo como se dan en la mente *remite hacia fuera, es intencional*: no soluciona nada el establecimiento de unas categorías formales, vacías de realidad.

Frente al hecho de la existencia, toda disquisición que pretenda encontrar la quintaesencia, la fórmula o substitutivo del hombre como cosa pensante o animal racional— o de las cosas —como extensión, representación o substancia— le parece al existencialismo una *evasión*.

El reproche del existencialismo a la historia de la filosofía es haber pretendido explicar el hombre en función de las cosas exteriores o éstas en función del pensamiento; exclusivamente interno y esquematizador. Frente a estas dos grandes metáforas de que ha vivido la filosofía —como dice Ortega—, el existencialismo se esfuerza por inaugurar otra, descrita por Zubiri como sigue: la existencia humana no es ni un trozo de universo ni una como envolvente virtual de él, sino que no tiene más misión inte-

lectual *que alumbrar el ser del universo*; el hombre sería la auténtica luz de las cosas, pero esta luz no constituye lo que es, sino el que eso sea, ilumina, funda el ser de las cosas, pero no del yo, no las hace trozos míos.

Por ello, dentro del existencialismo, la *filosofía existencial* —que, según Heidegger, aspira a la «*intelección ontológica*»— intenta construir una metafísica cuya «*ratio entis*» abarque con igual jerarquía, sin usurpaciones ni privilegios, al hombre y las cosas, a todas las dimensiones de la existencia. Dice Heidegger («*Sein und Zeit*», p. 230): «*La pregunta por el sentido del ser debe ser formulada*».

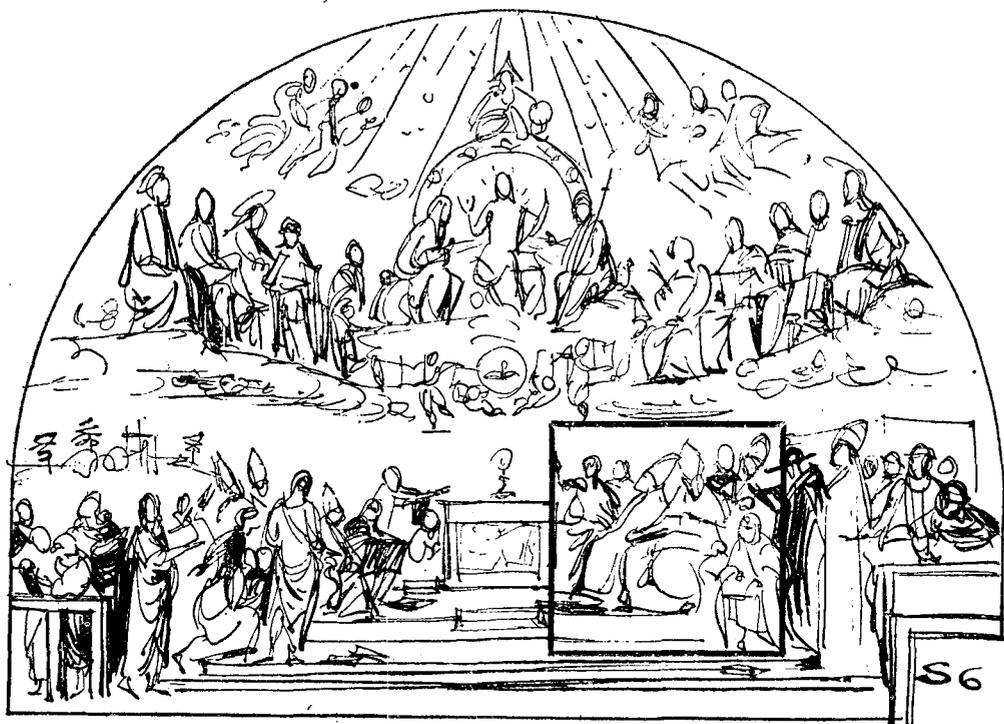
En cambio, la *filosofía existencial* —que, para Heidegger, se queda en la «*experiencia óptica*» preontológica— cree que el intelecto objetiva, esencializa, desexistencializa, sellándolo todo de universalidad y abstracción y que sólo un *esfuerzo desintelectualizador* —espacio-temporal, descriptivo, singularizante— nos puede acercar al existente y ser eficaz en el estudio de la condición humana. Jaspers afirma («*Philosophie*», II, p. 247): «*La esclerosis de la objetividad es la aniquilación de la existencia*».

Finalmente, como para Aristóteles, observa Zubiri, para el existencialismo la filosofía surge de la melancolía —*la angustia*—. Quien se ha sentido radicalmente solo es quien tiene la capacidad de estar radicalmente acompañado. Al sentirme solo me aparece la totalidad de cuanto hay, *en tanto que me falta*. En la verdadera soledad están los otros más presentes que nunca. La soledad de la existencia humana no significa romper amarras con el resto del universo y convertirse en un eremita intelectual o metafísico: la soledad humana consiste en un sentirse solo y, por ello, enfrentarse y encontrarse con el resto del universo entero.

Luis Cuellar

Vicente Armendares

Jorge Pérez Ballestar



«LA DISPUTA DEL SACRAMENTO»

Del famoso cuadro pintado por RAFAEL escogemos el fragmento definido en rojo para reproducirlo aumentado en la página de enfrente.



Los personajes que figuran en este fragmento representan a DUNS SCOTO, a SAN AMBROSIO, estático, en actitud contemplativa, a SAN AGUSTIN, con el brazo extendido hacia el amanuense que escribe, y entre ambos, un poco más al fondo SANTO TOMAS, que mira hacia un lado. (Es desconocido el personaje próximo al altar con el brazo hacia arriba y el rostro vuelto a San Ambrosio).

R. P. FELIX S. I.

El orgullo, principio de decadencia intelectual

La separación de Dios

El orgullo comienza por la separación de Dios, y viene a ser el principio de toda decadencia humana; porque el principio y el origen de ésta es el mal que nace en el hombre mismo, dado que, así como el progreso moral consiste en caminar en el bien, la decadencia moral consiste en caminar en el mal. Preciso es admitir estos datos o conformarse con no entender una palabra acerca de la doctrina del Progreso. Ahora bien: lo que se encuentra en el origen de todo mal moral es el orgullo, nada más que el orgullo; y a esas palabras de la Sagrada Escritura: «El principio del orgullo es la separación de Dios: *Initium superbiae apostatare a Deo*», corresponden magníficamente estas otras, escritas en la misma página: «El principio de todo pecado, esto es, de todo mal moral, es el orgullo: *Initium omnis peccati est superbia*». Nada hay, pues, más cierto: el monstruo vivo que devora todo progreso y produce toda decadencia, es el orgullo; porque la Sagrada Escritura nos lo muestra en el fondo y en la raíz de todo desorden humano y de todo mal moral. Y si queréis seguir con atenta mirada las tendencias del orgullo de la vida de la humanidad, veréis que en efecto opone por doquiera un antagonismo radical al verdadero progreso humano.

La muerte de la verdadera ciencia

¿Qué progreso podéis realizar con el orgullo? ¿Será acaso el progreso en la ciencia? No, señores: el orgullo es el golpe más mortal que puede darse a la verdadera ciencia. La primera condición para adelantar en el camino de lo verdadero y para engrandecerse científicamente, es reconocer que se sabe poco o que no se sabe nada. El que desee llegar a ser verdadero sabio, debe confesar ante todo que no puede comprenderlo y saberlo todo; el mayor triunfo del sabio es llegar hasta el límite en que se detiene ya su pensamiento. Pero esto es lo que el orgulloso no puede sufrir, porque aspira a comprenderlo todo y a saberlo todo; con lo cual deja de comprender y se hace incapaz de saber bien.

Este vértigo de orgullo fué el que en el siglo anterior precipitó la filosofía en el absurdo. Esta había escrito por todas partes en su bandera: «*No creer sin comprender*»; y el genio extraviado por el orgullo había reunido todas sus fuerzas para hacer la guerra a lo incomprensible. Nunca hasta entonces se había apoderado semejante locura del cerebro de los sabios. Todo lo que no se dejaba ver, coger, abrazar; en una palabra *comprender* enteramente, debía caer bajo los golpes de la nueva ciencia. Y entonces, ¿qué es lo que podía quedar en pie? ¿Qué es lo que se puede comprender por completo en el Criador y aun en la criatura? A esto dicen que vosotros sabéis un poco de todo. Puede ser; pero permitid a Pascal que os diga por mi boca: *En nada llegáis a saberlo todo*. Así es que ante esa pretensión del orgullo se vió muy pronto, como era de esperar, amontonarse ruinas de toda clase en el imperio de las inteligencias. Según ella el Cristianismo debía venir a tierra con sus misterios incomprensibles: lo sobrenatural debía desaparecer con sus horizontes, dado que el ojo del hombre nada puede ver en ellos por sí solo. Hasta el mismo Dios debía desvanecerse; porque Dios es el ser incomprensible por esencia, por ser lo infinito; y comprender lo infinito con una inteligencia finita es la con-

tradición misma. Pero, ¿qué digo? La ciencia misma del hombre y de la naturaleza iba también a ser presa de un vértigo inmenso. Iba a expulsar de todas partes como errores las verdades que no comprendía; porque, ¡cosa notable!, ese orgullo del espíritu que rechaza lo incomprensible, produce como fruto natural la rebelión contra la verdad, el alejamiento de la verdad, la supresión de la verdad, y, por consiguiente, que se camine en el error y se produzca la decadencia del verdadero saber. Así es el orgullo: tiene la propiedad de querer que todo salga de él; lo que no sale de él lo trata como enemigo y tiene cierto afán rabioso por destruirlo; de modo que el filósofo que levanta contra lo incomprensible el estandarte de su guerra insensata, no es más que un vándalo instruido que produce ruinas en el imperio de la ciencia.

Gracias a Dios, hemos salido ya de ese vértigo; pasó la hora de esa fiebre; y hoy día los filósofos se complacen en respetar con nosotros, en acatar y en profesar la doctrina de lo incomprensible. Pero al dejar caer aquella bandera hecha jirones que sólo por vergüenza no podrían desplegar ya, el orgullo de nuestros días ostenta bajo otro nombre y bajo otra bandera una pretensión igual proclamando la *independencia absoluta de la razón*.

El imperio del absurdo

¿Sabéis lo que es, bajo el punto de vista de la verdadera filosofía, la independencia absoluta de la razón? Pues es la conciencia cortada por su misma base, es la razón que extraviada por el orgullo se da a sí misma un solemne mentis. La independencia absoluta de la razón es un atributo divino que se quiere adjudicar a la naturaleza humana; es la razón creada por Dios, a la que se intenta despojar violentamente de la condición propia de todo ser creado; es decir, de la independencia: es la facultad sin reglas, el poder sin límites; es decir, el absurdo, y siempre el absurdo, que alistado bajo otra bandera vuelve a entrar en el imperio del saber para producir en él ruinas semejantes y a precipitar tarde o temprano esa razón independiente y que no se somete a reglas, bajo el despotismo del error y en el abismo del absurdo.

Por eso hacer guerra a lo incomprensible o proclamar la soberanía absoluta de la razón, es todo una misma cosa; es el orgullo del hombre que se coloca en primer término y quiere reinar sólo en una ciencia y en una filosofía que nazcan de él y que no se apoyen sino en él; empresa tan degradante como soberbia, que atraerá sobre la filosofía misma solemnes derrotas y represalias humillantes. Y, en efecto, Dios se complace en vengar tarde o temprano esos delirios de la ciencia orgullosa que no cree sino en sí propia; con merecidas humillaciones llega un día en que esos ilustres escépticos ofrecen el espectáculo de una credulidad que es un ostensible testimonio del enflaquecimiento de los espíritus. Esos genios soberbios que por doquiera hacían la guerra a lo incomprensible, se ven envueltos y asaltados por lo incomprensible hasta en los atrincheramientos de su ignorancia. El demonio se ríe a más no poder de ver en su escuela, tan dóciles a las revelaciones de los espíritus, esos incrédulos atrevidos que negaban tan decididamente la existencia de los espíritus por la grandísima y profundísima razón de que en su vida se habían encontrado con ellos. Los que se creían demasiado sabios para recibir la doctrina de los órganos vivos

de la verdad, van a preguntar a los muertos la solución de los problemas de la vida. Los que despreciaban las demostraciones de los doctores y de los Padres de la Iglesia, ruegan a los nigrománticos que les demuestren con visiones la verdad cristiana; y, en fin, los que no oían la voz de la verdad ni las enseñanzas de Dios, están atentos a oír a los espíritus del error y las doctrinas de los demonios: *Attedentes spiritibus erroris et doctrinis demoniorum*. Si yo me ocupase de esto os diría con los teólogos y con los concilios: *Non licet*, no es permitido eso. Pero me contento con deciros: Eso no es decente; no es digno de un siglo de progreso; es sobre todo en extremo humillante, por no decir en extremo ridículo para la ciencia orgullosa, que niega lo impalpable y rechaza lo incomprensible. De esta manera castiga Dios en su hora con la humillación de los sabios el orgullo del falso saber (1).

La literatura del egoísmo

¿Qué progreso podéis hacer con el orgullo? ¿Será acaso el progreso en las artes? ¿Será en las letras? No, señores; porque el orgullo, así como inspira el odio a la verdad, también inspira el desdén hacia la verdadera belleza. El orgullo en las artes y en las letras produce como efecto casi inevitable la tendencia a destruir lo ideal y a suprimir la regla. Así como no quiere reglas para pensar tampoco las quiere para expresar el pensamiento. Y así como quiere que toda la verdad salga de él, quiere que toda belleza esté hecha a su imagen; porque cree que él es lo bello y que no hay belleza en el arte, en las letras ni en nada, si no lleva el reflejo de su ser y el sello de su personalidad. Por eso en vez de salir de sí propio y de colocarse en la esfera de lo universal para juzgar o realizar lo bello, se concentra en el yo, se fija por completo en lo individual, en lo particular, en lo personal; y en este estrecho círculo donde encierra consigo el arte y la literatura, todo le parece bello; pero más allá de este límite no existe ya lo bello, porque más allá no está él.

De aquí dimanar esas aberraciones artísticas y literarias de los hombres de genio, hijas de esas otras aberraciones que produce en el alma un orgullo desmedido. Por regla general, el orgulloso que escribe, el orgulloso que compone un libro, cualesquiera que sean sus extravíos literarios, está convencido de la superioridad de su estilo; le parece que escribe como nadie ha escrito nunca antes de él; sus defectos son otras tantas bellezas, que le deleitan tanto más cuanto más en oposición están con la lengua que en derredor suyo habla el vulgo de los hombres. Su pensamiento se presenta lleno de galas como en las épocas de decadencia literaria, para parecer mejor con esos adornos superfluos. Como no puede llamar la atención por las ideas, procura deslumbrar con las palabras, y produce entre ellas choques inesperados para que se oiga su ruido. Así sucede que el orgullo, cuando llega al extremo que aquí supongo, echa a perder las artes y la literatura, les quita lo que con nada se reemplaza, que es la dignidad propia de lo natural, y la sencillez que caracteriza lo verdadero, y les da en vez de esos ciertos aires pretenciosos que son falsificación de lo grande, poniéndole ciertos adornos fútiles que son la falsificación de lo bello.

De aquí nace también el afán de la personalidad en la literatura. Bajo el imperio del orgullo y en la exaltación progresiva del yo, la necesidad de ocuparse de sí y de mendigar a toda costa adoraciones, ha hecho nacer una naturaleza que parece propia de nuestro tiempo, y que podría llamarse la literatura personal o el personalismo en las letras. Literatura *egoísta*, en la que el yo se ostenta al principio, en el medio y aun en el fin. Cuando un autor de nuestros días se dispone a escribir, si por ventura le faltan ideas o materia en que ocuparse, siempre le queda

un asunto de grande interés para él: escribe acerca de sí mismo y de este modo compone el más bello de sus libros, el libro de su vida; allí se deleita interin la Europa contempla sus tareas en todo lo que ha dicho, en todo lo que ha pensado y en todo lo que ha hecho: admiraciones retrospectivas que se aprecian tanto más cuanto más se conoce que el tiempo las va a condenar al olvido, y se ve caer sobre la vida esa triste sombra que cubre el fin de todas las cosas. Miserable pasión, que violando hasta las más triviales reglas de educación, hace decir a uno de sí mismo lo que a veces cuesta trabajo permitir que diga otro; vanidad indecente y grosera, que quita a la literatura ese perfume que se respira en las obras maestras del genio y de la humildad, ese exquisito sentimiento del decoro, que nace de la desconfianza de sí mismo mezclada con el respeto a los demás; pasión la más fatal para la literatura y para la elocuencia, en que el olvido de sí mismo es la primera condición para realizar lo bello, que nunca aparece tan radiante como cuando absorbe en su brillantez, para sepultarlo en el olvido, al hombre a quien Dios suscita para hacerlo brillar.

El reinado del orgullo

¿Qué otro progreso podréis hacer con el orgullo? ¿Por ventura no nos quedará alguno siquiera, para consolarnos de tantas decadencias, de la decadencia científica, de la decadencia literaria y de la decadencia social? Aquí oigo al siglo que clama: Sí; nos queda un progreso, y ése nos valdrá por todos: tal es *el progreso en la materia*, el globo terrestre perfeccionado por el genio del hombre y convertido en un paraíso, en un cielo. Aunque nos falten todos los demás progresos, ése no se nos escapará. ¿Estáis bien seguros? ¿Creéis que ese orgullo, que ha destruido todos los demás progresos, respetará siquiera vuestro progreso material? No; mil veces no; porque el orgullo hará desviar de su ruta el progreso material, como se desvía el convoy del carril, para arrojaros al abismo.

¿No somos nosotros, dice el orgullo del presente siglo, los que hemos hecho estos milagros? ¿Quién podrá resistirnos? ¿Y quién impedirá que nuestro poder llegue a lo infinito? ¿Quién? ¡Ah! Yo os lo voy a decir: El orgullo mismo. ¡Oh, gigantes de nuestra raza! ¡oh, dioses de nuestra historia moderna! ¡oh, reyes del progreso material! tened cuidado con vuestro orgullo. Si no buscáis en la humildad cristiana el secreto del verdadero progreso, he aquí lo que os anuncio: Ese reinado de la materia único que ambicionáis, se escapará de vuestras manos; el progreso material se irá también de entre vosotros: *Regnum tuum transibit a te*. Caeréis desde los esplendores de esa regia y soberbia dignidad hasta más abajo de la humanidad misma. No tan sólo no seréis como dioses, sino que ni aun seréis como hombres: seréis expulsados, o más bien os expulsaréis a vosotros mismos de las fronteras de la verdadera civilización, y la barbarie será vuestro patrimonio; porque, no os engañéis, el reinado del orgullo en la humanidad es la barbarie misma. Sí; en esa terrible pendiente por la que el orgullo al exaltarse arrastra a la humanidad, todo se precipita hacia la ruina, envuelto en la decadencia moral: la ciencia, las letras, las artes, la sociedad y el progreso material mismo.

¿Queréis que todo vuelva a levantarse? Pues bajaos. Con la humildad cristiana se levanta la filosofía, se levanta la literatura, se levanta la sociedad y la industria misma sigue su curso de un modo regular, legítimo y fecundo: de ese modo se realiza el Progreso en todas partes. Así es preciso que sea: el abatimiento es condición necesaria para la elevación; cuando la humanidad se inclina confesando su miseria y conociendo su nada, entonces vuelve a levantarse hasta una altura proporcionada a su abatimiento, y todo se levanta con ella y vuelve a subir hacia Dios.

(1) Este trozo se refiere a los fenómenos de la evocación de los espíritus y de las mesas giratorias, que tanto preocupaban al público de 1857.

La inmutabilidad de las leyes naturales y el gobierno de Dios en el mundo

DISCURSO DEL PAPA

EN LA INAUGURACION DEL XII CURSO DE LA PONTIFICIA ACADEMIA DE CIENCIAS

Ciencias especulativas y ciencias prácticas

Al hallarnos aquí entre vosotros, ilustres académicos, para la apertura de curso de esta Pontificia Academia de Ciencias, nuestro pensamiento no puede menos de evocar una vez más a nuestro inolvidable e incomparable predecesor, fundador de este notabilísimo instituto científico y representárselo otra vez con su blanca vestidura, de la que fueron como un preludio y un augurio de altura paternal las candidas nieves de los Alpes, holladas un día por su pie audaz y valiente, venciendo peligros, abismos y huracanes, ávido como era de llegar no sólo a las cimas de los montes de la naturaleza, sino también a las cumbres de las verdades especulativas y prácticas.

Al subir, le parecía que veía levantarse al mismo tiempo los montes y abajarse los campos: «ascenderunt montes, descenderunt valles» (Ps., 103-8). Y cuando descendía, volvía a contemplar la blancura de la Catedral de su Milán como unos Alpes fúlgidos, de agujas maravillosas, que se levantaban en el centro de las llanuras lombardas.

También vosotros habéis subido a los alpes del saber y a los montes de las ciencias especulativas, del cálculo, de la astronomía, de los vórtices, de las estrellas y de las nebulosas, y habéis bajado luego a los llanos de las ciencias prácticas, con sus mil formas, artísticas, técnicas y experimentales; porque es una gran potencia del entendimiento humano especulativo el poder alargar la mano a las operaciones y convertirse en entendimiento práctico, haciendo de las leyes inmutables y de las materias de la naturaleza una guía y un sostén para su acción, regulada y sostenida por el gobierno y la providencia de Dios.

Valor objetivo de las leyes de la Naturaleza

Pero en nuestro mundo, ante nuestros ojos, aparece el hombre como señor poderoso más que todos los demás vivientes, a quien Dios asignó el multiplicarse y poblar la tierra y procurarse con su trabajo el pan necesario para la vida. Por eso no causa admiración que el gran filósofo de Estagira, Aristóteles, comparase el alma del hombre a la mano, órgano de los órganos (Peri Psyches, lib. III, capítulo VIII). Efectivamente, todo es obra de la mano: las ciudades y las fortalezas, los monumentos, los códices de la sabiduría, de las ciencias, de las artes y de la poesía; la herencia y el patrimonio de las bibliotecas y de la civilización humana. De la misma manera, el alma le ha sido dada al hombre, por decirlo así, en lugar de todas las naturalezas de las cosas para hacerse en cierto modo todas las cosas, en cuanto que nuestra alma, con su sentir y su entender, recibe todas las formas y todas las imágenes de las cosas mismas. Dejados por eso que admiremos vuestras manos y vuestras inteligencias de discípulos de la naturaleza, como lo sois, en vuestros talleres, en vuestros laboratorios, en vuestras escuelas y en vuestros arsenales. Pero vosotros sois, al mismo tiempo, maestros, y enseñáis y proyectáis a vuestro exterior no ya las formas sensibles e inteligibles de vuestra alma, sino aquello que la naturaleza ha causado por medio de ellas en vuestras facultades cognoscitivas. En vuestra fantasía y en vuestra mente formáis, inventáis, proyectáis admirables imágenes y proyectos de aparatos, instrumentos, telescopios, microscopios, espectroscopios y de mil otros medios de todas clases para domar, encadenar y dirigir las fuerzas naturales, y, sin embargo, vuestro arte no crea la materia que está en vuestras manos, sino que solamente, mediante el sabio artificio, la modifica, dirige sus acciones según las leyes que habéis descubierto, combinando y poniendo de acuerdo vuestro conocimiento práctico y técnico de la realidad de las cosas con vuestro conocimiento especulativo de las mismas cosas reales.

De este modo, la genuina ley de la naturaleza, que el hombre de ciencia formula con paciente observación y diligencia en su laboratorio, es algo que resulta mucho más y mejor que una pura descripción o un cálculo intelectual, que atiende solamente a los fenómenos y no a substancias reales con sus propiedades. Ella no se detiene

en las apariencias y en las imágenes de los sentidos, ni con esto se siente satisfecha, sino que penetra en las profundidades de la realidad, investiga y descubre las fuerzas íntimas y ocultas de los fenómenos, y manifiesta sus actividades y sus relaciones. Es, pues, fácil de comprender que el conocimiento de las leyes de la naturaleza hace posible al hombre el dominio de las fuerzas naturales y el poder ponerlas al servicio propio en los grandes progresos de la técnica moderna. Solamente así el pensamiento humano puede elevarse hasta la comprensión de que el orden regular de las líneas del espectro, que el físico observa y distingue hoy en su laboratorio, abrirá acaso mañana al astro-físico una visión y un conocimiento más profundo de los misterios de la constitución y del desarrollo de los cuerpos celestes.

Así, del fundamento de las leyes de la Naturaleza, de la ayuda activa, de la técnica moderna y del positivo y verdadero conocimiento de las tendencias internas de los elementos y de sus efectos en los fenómenos naturales, el hombre de ciencia pasa, superando todas las dificultades y obstáculos, a otros descubrimientos ulteriores, insistiendo con constancia y con perseverancia en su investigación.

La energía atómica

El más grandioso ejemplo de los resultados de tan intensa actividad parece que ha de encontrarse hoy en el hecho de que los incansables esfuerzos del hombre han conseguido finalmente llegar a un conocimiento más profundo de las leyes que se refieren a la formación y a la desintegración del átomo, de tal manera que sea posible hasta un cierto grado dominar experimentalmente la potente energía que emana de muchos de estos procesos, y todo esto, no ya en cantidades submicroscópicas, sino en una medida verdaderamente gigantesca. El uso de una gran parte de la energía interna del núcleo de uranio, de la que hablamos en nuestro discurso a esta Academia del 21 de febrero de 1943, refiriéndonos a un escrito del gran físico Max Planck, recientemente fallecido, se ha convertido en una realidad y ha tenido su aplicación en la fabricación de la bomba atómica o bomba de energía nuclear, la más terrible arma que la mente humana haya concebido hasta el día de hoy.

En esta coyuntura no podemos menos de expresar una idea que constantemente pesa sobre nuestro espíritu, como sobre el de todos aquellos que tienen un sentimiento verdadero de humanidad. Y a este propósito se nos vienen a la memoria las palabras de San Agustín en su obra «De civitate Dei» (lib. 19, cap. VII), donde trata de los horrores de la guerra, aunque sea justa, y dice: «De los cuales males —escribe él— si yo quisiera referir como conviene las muchas muertes y devastaciones, las duras y crueles angustias, aunque me sería imposible hacerlo como el argumento lo exigiera, ¿cuándo llegaríamos al final de la larga enumeración?... Quienquiera que considere con dolor estos males tan horribles y tan funestos, ha de confesar su miseria; pero el que los soporta y piense en ellos, sin sufrir la angustia en su alma, muy miserablemente cree si se siente feliz, porque es señal de que ha perdido el sentimiento humano.»

Y si las guerras de aquel tiempo justificaban tan severa sentencia del gran doctor, ¿con qué voz deberíamos nosotros juzgar estas otras, que han descargado sobre nuestra generación y sometido al servicio de su labor destructora y exterminadora una técnica incomparablemente más destructiva? ¿Qué desventura podría esperar la Humanidad de un futuro conflicto si se viera que era imposible detener o frenar el empleo de las invenciones científicas, siempre nuevas y cada vez más sorprendentes?

Pero prescindiendo por ahora del uso bélico de la energía atómica, y con la confianza de verla empleada, en cambio, únicamente en trabajos de paz, es menester considerarla como una investigación y una aplicación realmente genial de aquellas leyes de la Naturaleza que regulan la íntima esencia y la actividad de la materia inorgánica.

En realidad, hablando con propiedad, se trata aquí

solamente una gran ley de la Naturaleza, que se manifiesta sobre todo en el llamado «sistema periódico de los elementos».

Lotario Meyer y Demetrio Mendelejev, en 1869, con la base de los escasos elementos químicos conocidos entonces, tuvieron este atisbo genial y dieron al sistema su primera forma provisional. Tenía todavía muchas lagunas e incoherencias. Su profundo sentido estaba todavía en la sombra y, sin embargo, hacía conjeturar una íntima afinidad de los elementos químicos y una estructura uniforme de sus átomos con iguales partículas subatómicas. Más adelante, el cuadro se aclaró de año en año. Desaparecieron los defectos y las imperfecciones y se reveló su más profundo sentido. Nos limitaremos aquí a recordar brevemente algunas de las etapas más importantes de este camino: el descubrimiento de los elementos radiactivos, debido a los esposos Curie; el modelo atómico de Rutherford y las leyes porque se regula, formuladas por primera vez por Bohr; el descubrimiento de la isotopia, por obra de Francis William Aston; la primera fractura del núcleo, por medio de los rayos alfa naturales, y poco después, la síntesis de nuevos núcleos pesados mediante el bombardeo con neutrones lentos; el descubrimiento de los transuránicos, entrevistos por Fermi, y la producción de los elementos transuránicos en cantidad ponderable, y entre ellos, en primer lugar, del plutonio, que forma la parte activa de la bomba, y que se obtiene en las gigantescas pilas de uranio. En una palabra: un proporcionado desarrollo y perfeccionamiento del sistema natural de los elementos químicos en amplitud y en profundidad.

Si, pues, queremos abrazar con una sola mirada el resultado de estas maravillosas investigaciones, vemos que no sólo representa una conclusión, sino más bien la puerta para nuevos conocimientos y el principio de lo que se ha llamado la era atómica. Hasta hace poco la ciencia y la técnica de la química se habían ocupado casi exclusivamente de los problemas que se referían a la síntesis y análisis de las moléculas y de los compuestos químicos. Ahora, en cambio, el interés se concentra en el análisis y en la síntesis del átomo y de su núcleo. Sobre todo, el trabajo de los hombres de ciencia no tendrá tregua hasta haber encontrado una manera fácil y segura de gobernar el proceso de escisión del núcleo atómico, de modo que se hagan servir sus ricas fuentes de energías para el progreso de la civilización.

Conquistas admirables del entendimiento humano, que escrita e investiga las leyes de la Naturaleza, arrastrando en pos de sí a la Humanidad por caminos nuevos. ¿Podría darse, acaso, más noble concepción?

Las leyes de la Naturaleza, participación de la ley eterna de Dios

El que habla de ley, habla de orden, y quien habla de ley universal, habla de orden en todas las cosas, tanto en las grandes como en las pequeñas. Es un orden que vuestra inteligencia y vuestra mano descubren como cosa inmediatamente derivada de las tendencias íntimas en las cosas naturales; orden que ninguna cosa puede crear o darse por sí misma, de la misma manera que no se puede dar el ser; orden que dice razón ordenadora en un espíritu que ha creado el universo, de quien «depende el cielo y toda la naturaleza» (Paraiso, 28-42); orden que con el mismo ser han recibido aquellas tendencias y energías, y mediante el cual las unas y las otras colaboran en un mundo bien ordenado. Este maravilloso conjunto de las leyes naturales, que el espíritu humano ha descubierto con su incansable observación y cuidadoso estudio, y que vosotros vivís siempre investigando, añadiendo victorias a victorias, sobre las ocultas resistencias de las fuerzas de la naturaleza, ¿qué viene a ser sino una imagen, aunque pálida e imperfecta, de la gran idea y el gran designio divino, que en la mente de Dios creador es concebido como ley de este universo, desde los días de su eternidad? Entonces, en el sentimiento inagotable de su sabiduría, preparaba los cielos y la tierra, y luego, creando la luz sobre los abismos del caos, cuna del universo creado también por él, daba principio al movimiento y al vuelo del tiempo y de los siglos, y llamaba a todas las cosas al ser, al vivir y al operar, según su especie y según su género, hasta el átomo más imponderable.

Con cuánta razón todo aquel entendimiento que, como el vuestro, contempla y penetra los cielos, y pesa los astros y la tierra, debe exclamar dirigiéndose a Dios: «Tú dispones todas las cosas con justa medida, número y peso» (Sabiduría, 11-21). ¿No sentís vosotros dentro de vuestra alma que el firmamento que nos rodea y la tierra que pisamos narran, juntamente con vuestros telescopios, con vuestros microscopios, con vuestras balanzas, con vuestros

metros y con vuestros multiformes aparatos la gloria de Dios, y reflejan ante vuestros ojos un rayo de aquella sabiduría increada que abarca fuertemente de un cabo a otro todas las cosas y las ordena todas con suavidad? (Sabiduría, 8-1.)

De aquí procede la unidad cerrada de las leyes de la naturaleza

Al hombre de ciencia le parece sentir la vibración de esta eterna sabiduría cuando sus investigaciones le revelan que el universo ha sido formado como si dijéramos todo de una vez en el molde de la fragua inmensa del espacio y del tiempo. No sólo brillan compuestos por los mismos elementos los cielos estelares, sino que hasta obedecen a las mismas y fundamentales leyes cósmicas, siempre y doquiera que aparecen, en su acción interna y externa. Los átomos del hierro, excitados por el arco o en la chispa eléctrica, emiten millares de líneas bien definidas. Estas líneas son idénticas a las que el astro-físico descubre en el llamado «flash-spectrum» algunos momentos antes del pleno eclipse solar. Las mismas leyes de la gravitación y de la presión de radiación determinan la cantidad de la masa para la formación de los cuerpos solares en la inmensidad del universo, hasta las más lejanas nebulosas espirales. Las mismas misteriosas leyes del núcleo atómico regulan, por medio de la composición y de la desintegración atómica, la economía de la energía de todas las estrellas fijas.

Esta absoluta unidad de designio y de régimen, que se manifiesta en el mundo inorgánico, la halláis con no menor grandiosidad en los organismos vivos. Restringid si queréis vuestras consideraciones a la pura casualidad y prescindid deliberadamente de la finalidad propiamente dicha que halláis a cada paso en el desarrollo de la vida. ¿Qué es lo que os enseña una simple mirada al conjunto universal y común de los organismos y a los más recientes descubrimientos y conclusiones de la anatomía y de la fisiología comparada?

Aquí tenéis la construcción del esqueleto de los vivientes superiores con órganos homólogos, y especialmente la disposición y la función de los órganos sensitivos, por ejemplo del ojo, desde las formas más simples hasta el perfectísimo órgano visual del hombre; aquí tenéis en todo el mundo de los seres vivos las leyes fundamentales de la asimilación, del recambio y de la generación. ¿No descubre todo eso un general y magnífico concepto unitario, llevado a la práctica y resplandeciente en múltiples formas y de maneras diversísimas? ¿Acaso no es ésta la unidad cerrada y absolutamente fija de las leyes naturales? Si, es unidad cerrada con la llave de aquel orden universal de las cosas, contra el cual en cuanto depende de la primera causa, que es Dios creador, Dios mismo no puede obrar; porque si lo hiciera así, su voluntad o su bondad obrarían contra su presciencia. Ahora bien, en Él «no cabe mudanza ni sombra de variación» (Santiago, 1, 17).

Pero si se considera este orden en cuanto depende de las causas segundas, Dios posee su llave, y puede dejarlo cerrado o abierto y actuar fuera de él. ¿Acaso Dios, al crear el universo, quedó sujeto al orden de las causas segundas inferiores? ¿Acaso este orden no está sujeto a Él como procedente de Él mismo, no por una necesidad de naturaleza, sino por arbitrio de la voluntad? De aquí que cuando quiera puede obrar fuera del orden instituido. Por ejemplo: produciendo efectos de las causas segundas sin necesidad de ellas o produciendo otros efectos al que ellas no llegan (cfr. Santo Tomás, 1.ª parte, q. 105, art. 6.º). Por eso había escrito ya el gran doctor San Agustín: «Bien decimos que Dios obra contra la naturaleza cuando hace algo contra lo que vemos que hace la Naturaleza. Pero contra aquella ley suprema de la Naturaleza Dios no obra de ninguna manera, como de ninguna manera obra contra sí mismo» («Contra Fausto», lib. 26, capítulo III. Migne P. L., tomo 42, col. 481; cfr. S. Th., I. c.).

¿Qué obras, pues, son éstas? Son obras de las que Dios solamente tiene la llave en su secreto y que se ha reservado a través de los tiempos en medio del orden particular de las causas segundas; obras ejecutadas, como cantaba el divino poeta, «para las que la naturaleza nunca calentó hierro ni golpeó yunque» («Paraiso», XXIV, 101). Ante estas obras insólitas, o por la substancia misma del hecho, o por el sujeto en el que suceden, o por la manera y orden con que se realizan (Cfr. Santo Tomás, lugar cit., art. 8.º), el hombre del pueblo y el hombre de ciencia se detienen estupefactos, porque la maravilla se impone cuando son manifiestos los efectos y la causa que los produce queda oculta.

Pero la ignorancia de la causa oculta, que asombra al incrédulo, aguza el ojo del creyente y del sabio, que den-

tro de ciertos límites sabe y mide hasta dónde llega la obra de la naturaleza con sus leyes y sus fuerzas, y más allá de las cuales discierne una mano superior, oculta y omnipotente, la mano que creó el orden universal de todas las cosas, y que en el proceso de las órdenes especiales, de las causas y de los efectos señaló el momento y las circunstancias de su maravillosa intervención (cfr. Santo Tomás, I. c., art. 7.º).

Una concepción semejante llena de entusiasmo al hombre de ciencia...

Esfe gobierno divino del universo creado, en su arte en general y en sus órdenes inferiores particulares, no puede menos de despertar un sentimiento de admiración y de entusiasmo en el hombre de ciencia, que en sus investigaciones descubre y reconoce las huellas de la sabiduría del Creador y del supremo legislador del cielo y de la tierra, que, con mano de invisible piloto, guía toda la Naturaleza «a diversos puertos por el gran mar del ser, y a cada cosa le ha dado un instinto que la lleva» (Paraiso, I, 112-114).

Y con todo eso, las gigantescas leyes de la Naturaleza no son más que una sombra o una idea pálida de la profundidad e inmensidad de los planes divinos en el grandioso templo del universo. «El sumo privilegio del hombre de ciencia —dejó escrito Kepler— es el reconocer el espíritu y seguir las huellas del pensamiento de Dios.» Muchas veces —conviene confesar la debilidad humana—, ante la visión de las cosas y de las imágenes de nuestro sentido, aquel pensamiento se ofusca y retrocede. Pero si el pensamiento de Dios entra en el trabajo del hombre de ciencia, él no lo confunde con los movimientos y con las imágenes que ve, o dentro o fuera de sí mismo, y aquella disposición de espíritu de seguir las huellas de Dios y de reconocerle viene a darle en su laborioso empeño un impulso recto y una compensación amplia de todas las fatigas padecidas en la investigación y en la búsqueda, y lejos de hacerlo orgulloso y soberbio, le enseña humildad y modestia.

... pero le llena también de humildad

En realidad, cuanto más profundamente el cultivador del saber y de la ciencia lleva adelante sus investigaciones de las maravillas de la Naturaleza, tanto más experimenta su propia insuficiencia para penetrar y agotar las riquezas del concepto de la construcción divina y de las leyes y normas que la gobiernan. Y oís decir al gran Newton, con incomparable belleza y vivacidad: «Yo no sé cómo parezco al mundo; pero a mis ojos soy como un niño, que juega a la orilla del mar y se alegra porque cuando en cuando encuentra una piedrecilla más lisa o una concha más bonita que las ordinarias, mientras que el grandioso océano de la verdad está ante él inexplorado.» Estas palabras de Newton, hoy después de tres siglos, en el fermento actual de las ciencias físicas y naturales resuenan con más verdad que nunca. Se cuenta de Laplace que mientras estaba enfermo, y sus amigos alrededor de él le recordaban sus grandes descubrimientos, respondía sonriendo amargamente: «Ce que nous connaissons est peu de chose, mais ce que nous ignorons est immense». Y no con menor agudeza el ilustre Werner von Siemens, descubridor del principio de autoexcitación de la dinamo, testimoniaba en la LIX reunión de los hombres de ciencia y médicos alemanes: «Cuanto más íntimamente penetramos en la disposición armónica de las fuerzas de la Naturaleza, regulada por eternas e inmutables leyes, y a pesar de todo tan profundamente oculta a nuestro pleno conocimiento, tanto nos sentimos estimulados a una humilde modestia, tanto más se nos muestra restringido el ámbito de nuestros conocimientos, más vivo se hace nuestro esfuerzo para sacar más y más de esta inagotable fuente del conocimiento y del poder, y más alta se hace la admiración nuestra ante la infinita sabiduría ordenadora que penetra toda la creación».

En verdad, nuestros conocimientos de la Naturaleza son modestos en extensión y muchas veces imperfectos de contenido. En un tratado de la teoría electromagnética de la luz, se podían leer estas palabras: «¿Es un Dios el que escribió estas fórmulas?» Ciertamente son geniales las ecuaciones de Maxwell y, sin embargo, como todos los demás progresos de la física teórica, suponen e implican una, por llamarla así, simplificación e idealización de la realidad concreta, sin la cual es imposible todo estudio matemático fructuoso. Con cuánta frecuencia hoy se pueden proponer nada más que reglas en vez de leyes exactas, o solamente soluciones parciales en vez de soluciones generales. En donde aparece una manera regular de obrar por la cooperación, a primera vista, sin regla de innume-

rables fenómenos particulares, el hombre de ciencia debe contentarse con señalar el carácter y la forma de la actitud de las masas según consideraciones de probabilidad, e ignorando como ignora en particular sus bases dinámicas, formular leyes estadísticas.

El progreso de la ciencia es incesante. Es verdad que las fases sucesivas de su avance no siempre han seguido el camino que lleva directamente de las primeras observaciones o descubrimientos a la hipótesis, de la hipótesis a la teoría y, finalmente, a la consecución segura e indudable de la verdad. Por el contrario, se dan casos en que la investigación más bien describe una curva; es decir, casos en los cuales teorías que parecían haber ya conquistado el mundo y llegado al vértice de doctrinas indiscutibles, y a las que el hecho de prestarlas adhesión bastaba para ganarse la estima de los medios científicos, retroceden al grado de hipótesis, para acaso quedar después del todo abandonadas.

Pero no obstante las inevitables incertidumbres y desviaciones que todo esfuerzo humano lleva consigo, el progreso de la ciencia no conoce detención ni saltos bruscos. Mientras que los buscadores de la verdad se transmiten el uno al otro la antorcha investigadora para iluminar y desarrollar las páginas del libro de la Naturaleza, plagadas de enigmas. «En el conocimiento de la verdad, nota el «Doctor Angélico», sucede a los hombres lo mismo que sucede con las cosas que se engendran naturalmente, y poco a poco van pasando de lo imperfecto a lo perfecto.» Efectivamente, al principio consiguieron un poco de verdad; luego, un paso tras otro, llegaron a una medida más llena, no atribuyendo al acaso o a la fortuna el origen del mundo y de las cosas generables, pero intuyendo la verdad con más diligente perspicacia, de indicios y razones evidentes, dedujeron que las cosas naturales están regidas por una Providencia. Porque, en verdad, ¿cómo podría ser siempre el mismo y cierto el curso de los cielos, y de las estrellas, y de los demás efectos de la Naturaleza si todo esto no fuera gobernado por una inteligencia supraeminente? (Santo Tomás, prólogo del libro de Job).

La Humanidad va adelante por nuevos y más amplios caminos. Pero siempre está en peregrinación hacia conocimientos más profundos de las leyes del universo, explorado e inexplorado, arrastrada por su sed natural de verdad. Pero aun después de miles y miles de años los conocimientos humanos de las normas internas y de las fuerzas motrices de la evolución y progreso del mundo, y más todavía del designio y del impulso divino que lo penetra todo, todo lo mueve y dirige, serán y seguirán siendo una imagen pálida e imperfecta de las ideas divinas. Frente a los prodigios de la sabiduría eterna, que en el mar del ser gobierna y dirige todas las cosas con orden indeclinable hacia ignotos puertos, los pensamientos escrutadores del investigador se vuelven ciegos y mudos, y penetran aquel humilde sentimiento de adoración admirante que siente frente a sí el prodigio de la creación, al que no estuvo presente, y que la mano del hombre no puede imitar, pero en la que su mirada puede atisbar un imprevisto rayo del poder de Dios. Antes los muchos e inescrutables enigmas del orden y de la concatenación de las leyes del cosmos, inmensamente grande e inmensamente pequeño, es menester que el ingenio humano repita la exclamación «¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios: cuán incomprensibles son sus juicios, cuán insondables sus caminos!» (Rom., 11-33).

Feliz el hombre de ciencia que, al recorrer los vastos campos celestes y terrestres, sabe leer en el gran libro de la Naturaleza y escuchar el grito de su palabra, que manifiesta a los hombres la huella del paso divino en la creación y en la historia del universo. Las huellas de su pie y las palabras grabadas por el dedo de Dios son indelebiles. Ninguna mano humana será capaz de borrarlas. Huellas y palabras son los hechos de donde brota lo divino a todas las inteligencias. Y precisamente parecen escritas para los sabios entendimientos investigadores las palabras del Doctor de las Gentes: «Pues lo que se conoce de Dios se halla claro en ellos, ya que Dios se lo manifestó, porque los atributos invisibles de Dios resultan visibles por la creación del mundo al ser percibidos por la inteligencia en sus hechuras: tanto su eterna potencia como su divinidad» (Romanos, I, 19-20). En una de las inscripciones que adornaban el catafalco del gran astrónomo Angel Secchi el día de sus funerales se leía: «A caeli conspectu ad Deum via brevis» (De la contemplación del cielo a Dios, el camino es breve).

Mirando desde este más alto observatorio el mundo universo que está a los pies de Dios, no es difícil comprender que las cosas naturales obran necesariamente y sin excepción según las tendencias de su diversa naturaleza; pero que al supremo Creador, observador y gober-

nador, que está sobre todas las cosas y sobre todas las leyes por Él sancionadas y dadas a las criaturas, no se le puede oponer ninguna tendencia natural, porque Él permanece libre, por sabios motivos, para impedir o derivar en otra dirección, en casos particulares, los efectos y las actividades de tales tendencias.

En presencia de la maravillosa realidad del cosmos, que el hombre de ciencia contempla, estudia y escruta, el espíritu universal imaginado por Laplace con su fórmula,

que a lo menos, según el concepto de los materialistas, debería abrazar hasta a los sucesos dependientes del pensamiento y de la libre voluntad, parece como una ficción utópica; en cambio, es una verdad infinitamente real aquella divina sabiduría que conoce y mide hasta el átomo más pequeño con sus energías y le asigna un puesto en el complejo del mundo creado, aquella suma sabiduría, cuya gloria penetra por todas partes el universo y brilla en el cielo con la más potente luz (cfr. Dante. Paraíso, 1, 1 y ss.).

Los Santos Lugares de Palestina

El informe de la Comisión de la O. N. U.

Antes de adoptarse por la O. N. U. el acuerdo de crear en Palestina un Estado árabe y un Estado judío, había sido creada por dicho organismo internacional una Comisión con el encargo específico de estudiar y presentar un informe concreto sobre los problemas existentes en Tierra Santa, a cuyo objeto los miembros de la mencionada Comisión se constituyeron en Palestina. Terminada su poco fructífera labor, celebraron en Ginebra varias reuniones en el transcurso de las cuales redactaron un extenso dictamen que más tarde sirvió de base a la O. N. U. para votar —en condiciones no muy claras, según noticias publicadas en la prensa— la división del territorio actualmente sujeto al mandato británico.

El informe de la Comisión consta de tres partes: resumen de las soluciones propuestas por los judíos y los árabes; recomendaciones presentadas por la propia Comisión, y en tercer lugar, proyectos sobre la partición de Palestina, el primero de los cuales —aprobado por la Asamblea de la O. N. U.— obtuvo el voto de la mayoría de los miembros integrantes de la Comisión.

Para conocimiento de nuestros lectores —y para documentar con la mayor precisión este comentario— reproduciremos, en extracto, el texto de las recomendaciones antes citadas. Dicen así:

Primera. El mandato existente sobre Palestina habrá de terminar en fecha inmediata.

Segunda. Se concederá la independencia a Palestina en la fecha más próxima posible.

Tercera. Antes de concederse la independencia habrá un periodo muy breve de transición.

Cuarta. Durante el periodo de transición, la autoridad encargada de la administración de Palestina será responsable ante las Naciones Unidas.

Quinta. Régimen de los Santos Lugares: a) Será conservado el carácter sagrado de los Santos Lugares y asegurado el acceso a los mismos conforme a los derechos adquiridos; b) Los actuales derechos de las diversas comunidades religiosas no se alterarán, ni denunciarán; c) Se establecerá un sistema apropiado para arreglar las diferencias entre las Ordenes religiosas; d) Las disposiciones particulares relativas a estas cuestiones se incluirán en los textos constitucionales del nuevo Estado o Estados de Palestina.

Sexta. La Asamblea general elaborará y pondrá en ejecución un acuerdo internacional para solucionar el problema de los judíos europeos.

Séptima. El Estado o Estados que se creen en Palestina habrán de constituirse necesariamente sobre una base democrática, de carácter representativo. Los textos constitucionales habrán de hacer referencia a los derechos de las minorías.

Octava. El Estado o Estados que se creen en Pales-

tina habrán de inscribir en los textos constitucionales los principios fundamentales de la carta de las Naciones Unidas.

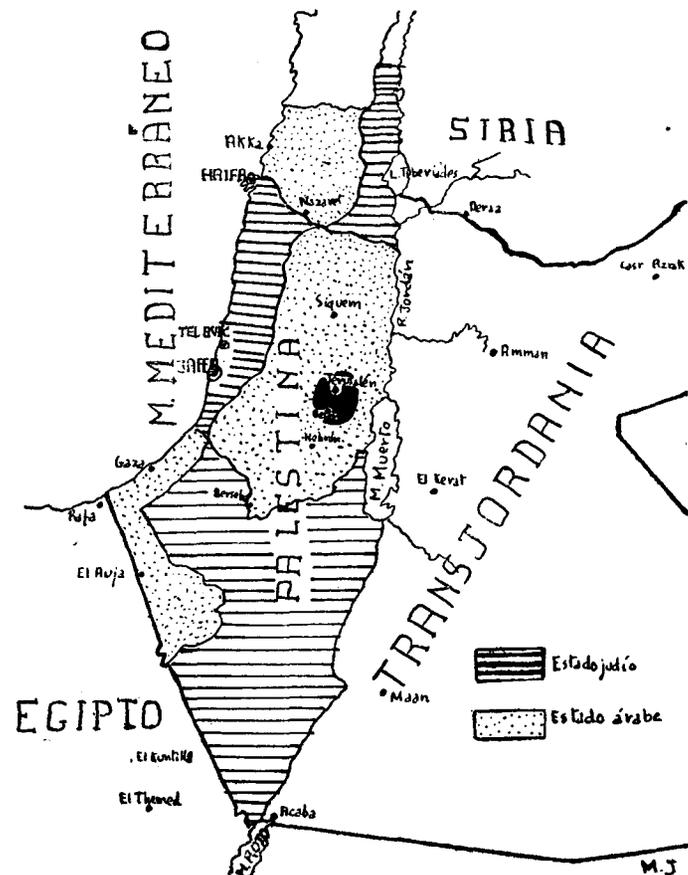
Novena. La conservación de la unidad económica de Palestina es indispensable para la vida y desarrollo del país y de sus pueblos.

Décima. Los Estados cuyos súbditos hubiesen tenido en Palestina privilegios o inmunidades, comprendida la jurisdicción consular, serán invitados por las naciones unidas a renunciar a lo que les quede en derecho en cuanto al restablecimiento de semejantes privilegios o inmunidades en una Palestina independiente.

Undécima. La Asamblea general invitará a todos los pueblos de Palestina a cooperar con las Naciones Unidas para hacer frente a la difícil situación existente en el país, y a poner fin a los actos de violencia que en el mismo se producen.

Además, y por mayoría de votos, se acordó que «cualquier arreglo sobre Palestina no puede ser considerado como una solución del problema judío en general».

Como pueden observar nuestros lectores, la Comisión de la O. N. U. ha tratado de soslayar la cuestión de los



A LA LUZ DEL VATICANO

Santos Lugares de Tierra Santa, limitándose a declarar, entre otras recomendaciones, que los actuales derechos de las diversas comunidades religiosas, no serán ni alterados, ni denunciados. ¿Qué se pretende indicar con tales palabras? Al parecer, se trata de conservar, una vez más, el *statu quo* existente, contra las justas y legítimas reivindicaciones de la Cristiandad, con lo cual las Naciones Unidas no harían más que seguir la trayectoria iniciada en la Conferencia de la Paz de París, de 1856, en la que se confirmó el *statu quo* establecido por la Sublime Puerta en 1852, trayectoria que siguió más tarde el Congreso de Berlín de 1878 (artículo 62 del Tratado), y, últimamente, la Sociedad de Naciones. Contra esta tentativa hay que proclamar, una vez más, los imprescriptibles derechos del Catolicismo sobre toda la Tierra Santa, santificada por la presencia de Nuestro Señor Jesucristo, y más concretamente sobre aquellos lugares testigos de la vida, milagros y muerte de nuestro divino Redentor.

La cuestión de los Santos Lugares

De hecho, la cuestión de los Santos Lugares no aparece hasta el siglo XVI, por la intromisión constante del clero bizantino que trataba, una y otra vez, de arrebatarse a los católicos la posesión ininterrumpida de los Santuarios levantados por los fieles a raíz del Edicto de Milán de Constantino (313). Custodios de los Santuarios, fueron, desde los albores del siglo XIII, los padres franciscanos, que vieron confirmadas a perpetuidad sus prerrogativas por el Tratado firmado en 1333, entre el reino de Nápoles y el sultán Melek-el-Nassez-Mohamed, y cuya feliz conclusión fue anunciada a la Cristiandad por el Pontífice entonces reinante, Clemente VI, en sus bulas *Gratias agimus* y *Nuper carissime*.

En el siglo XVI, como hemos indicado, se inician los actos violentos y las maniobras encubiertas de los bizantinos, apoyados directamente, en varias ocasiones, por Rusia, para apoderarse de los Santuarios, intentos que cristalizan en 1757 con la sacrilega invasión de la Basilica del Santo Sepulcro. Poco después, un rescripto del sultán concedía a los bizantinos el Santuario de la Virgen, el Santuario de la Natividad en Belén y varios lugares del Santuario del Santo Sepulcro. La expoliación se había consumado, pero los derechos y prerrogativas de los católicos permanecían inalterables por encima de la usurpación y de la violencia.



El Santo Cenáculo, donde Nuestro Señor Jesucristo instituyó el Sacramento de la Eucaristía, fué arrebatado a los franciscanos en 1551 y convertido en mezquita; previamente, en 1452, Solimán se había apoderado de la llamada capilla de David, con el pretexto absurdo de que en el subsuelo del Santuario se hallaba la tumba del rey profeta. En 1919, el rey de Italia reivindicó el Santuario para la Corona invocando su condición de heredero del reino de Nápoles, y cuando, al parecer, el sultán estaba dispuesto a despojar al edificio de su condición de mezquita, se interpuso Inglaterra con el pretexto de que la cuestión del Santo Cenáculo había de incluirse en la cuestión general de los Santos Lugares.

Frente a todos esos actos de violencia, que en nada pueden perjudicar los inmutables derechos de los católicos, la Cristiandad reclama la posesión absoluta del Santuario de la Tumba de la Virgen —todo él en manos extrañas—, de los Santuarios del Santo Sepulcro y de la Natividad de Belén —que sólo en parte poseen hoy los franciscanos—, y del Santo Cenáculo, en poder de los musulmanes.

¿Qué solución tratará de imponer la O. N. U.? La recomendación hecha por la Comisión enviada a Palestina nos hace temer que, una vez más, los derechos legítimos del Catolicismo sean menospreciados. Y, sin embargo, la Iglesia, los padres franciscanos —que al terminar la pasada guerra publicaron un *Memorial* planteando las cuestiones existentes en sus exactas características— y los fieles cristianos todos, no han cesado un instante de reivindicar la posesión exclusiva de los Santos Lugares.

Los derechos del Catolicismo son preferentes e imprescriptibles

El Papa Benedicto XV, en su alocución de 13 de junio de 1921, se expresaba en la siguiente forma:

«La situación de los cristianos, lejos de mejorarse, ha venido a ser, y esto es manifiesto, más difícil que antes, a consecuencia de nuevas leyes e instituciones políticas que —no decimos por voluntad de sus autores, pero sí de hecho— *tienden a quitar al cristianismo la posición que ha ocupado hasta el presente, en beneficio de los israelitas*. Este es el fin perseguido por aquellos que con sus constantes esfuerzos quieren despojar a los Santos Lugares de su carácter sagrado, transformándolos en lugares de placer, importando a ellos las fiestas mundanas y todo atractivo sensual; frivolidades que, aunque deplorables en todas partes, lo son más en una región donde existen los monumentos religiosos más venerables». Y el Papa hablaba en esta forma, precisamente en los momentos en que los ejércitos británicos ocupaban Palestina; es decir, que era bajo la dominación inglesa, y no de los turcos, cuando se pretendía «quitar al cristianismo la posición que ha ocupado hasta el presente, en beneficio de los israelitas», lo cual, ciertamente, era de temer después de la Declaración Balfour, de 1917, en la que se prometía a los judíos el empleo de los «mejores esfuerzos» del Gobierno británico a fin de que pudieran establecer en Palestina «un hogar nacional».

Fué el propio Balfour el que en 1920 envió a la Sociedad de Naciones el proyecto del futuro mandato británico sobre la Tierra Santa, en cuyo texto se preveía la creación de una Comisión para solucionar los conflictos existentes en torno a los Santos Lugares. Con este motivo, la Santa Sede cursó en 4 de junio de 1922, una Memoria relativa a la constitución de la Comisión citada, en cuyo texto se leía: «La Santa Sede ha de declarar que *no podrá jamás aceptar* que esa Comisión se crea con suficiente derecho para discutir la propiedad de los Santuarios que, en su casi totalidad, y después de varios siglos, aun bajo la dominación turca, han estado siempre en posesión pacífica de los católicos. Además, la Santa Sede ha de hacer observar que la Comisión, según está previsto en el artículo 14

del proyecto Balfour, no podrá obtener ningún resultado concreto. En efecto, habiendo de estar representadas en la misma todas las confesiones interesadas, es muy fácil prever que, en tal caso, se librará en el seno mismo de la Comisión, una lucha encarnizada que tendrá por resultado infalible la coalición de todos los otros miembros contra aquellos de la Comisión que estén en posesión del santuario eventualmente en cuestión, poniendo así a la Comisión en la imposibilidad de juzgar con serenidad. Por estas razones, la Santa Sede proponía que la citada Comisión se constituyera «por los Cónsules en Tierra Santa de las Potencias que forman parte del Consejo, dejando a las Potencias que no tienen Cónsul en Tierra Santa, el derecho de nombrar a otra persona para formar parte de la Comisión». Y añadía: «Por otra parte, la Santa Sede no se opone a que los representantes de las diferentes confesiones religiosas formen parte igualmente de la Comisión, pero con la condición que los mismos tengan solamente voto consultivo».

El 24 de julio del mismo año, el artículo 14 de la reglamentación del Mandato británico, aprobado por la Sociedad de Naciones, quedaba redactado en la siguiente forma: «Una Comisión especial será nombrada por la Potencia mandataria, con objeto de estudiar, definir y reglamentar los derechos y reclamaciones referentes a los Santos Lugares, así como las diversas comunidades religiosas en Palestina. El modo de nombrar los miembros de la Comisión, su composición y sus funciones, se someterán a la aprobación del Consejo de la Sociedad, y la Comisión no será nombrada ni entrará en funciones antes de esta aprobación».

El 31 de agosto, Balfour presentó un nuevo proyecto para la constitución de la Comisión indicada, que preveía la creación de tres subcomisiones integradas, respectivamente, por cristianos, árabes y judíos, y *presidida por un protestante americano*. Esta propuesta, de un sectarismo absoluto e irritante, fué retirada por el propio Balfour al cabo de pocas semanas.

Ante esas tentativas, el Papa Pío XI, entonces reinante, declaraba en el Consistorio Secreto de 11 de diciembre de 1922: «Hacemos Nuestra la súplica y voluntad de Nuestro Predecesor, de que, llegado el día de arreglar definitivamente el asunto de Palestina, se respeten y mantengan incólumes los derechos que tienen allí la Iglesia y el mundo cristiano; más aún, por conciencia del Oficio Apostólico, queremos que los derechos de la Iglesia católica —que son claramente superiores a otros derechos— *queden firmes e inquebrantables no sólo con preferencia a los hebreos e infieles, sino a todas las sectas católicas de cualquier nación o pueblo*».

La cuestión de los Santos Lugares quedó, sin embargo, nuevamente relegada en el olvido, principalmente por el temor o por la falsa posición de las grandes Potencias en afrontar claramente el problema. A pesar de ello, la cuestión subsistía en todos sus términos, y la voz de Pío XI volvió a levantarse el siguiente año para proclamar de nuevo los derechos legítimos de la Cristiandad, y lo hizo en términos de una precisión absoluta: «Es casi innecesario afirmar que Nos siempre hemos defendido y defenderemos los derechos del Catolicismo sobre los Santos Lugares. *Estos derechos, porque son sin objeción posible, manifiestos y superiores en mucho a otros, nunca estarán sujetos a prescripción contraria*». (Consistorio Secreto de 23 de mayo de 1923.)

Pasaron los años y nada se resolvió en concreto. Hoy, ante la gravedad de unas decisiones que parecen olvidar enteramente los supremos intereses del mundo cristiano, surge de nuevo el problema en su exacto contenido frente a posibles tergiversaciones y aceptación de hechos consumados que se apuntan con manifiesta claridad en las recomendaciones elaboradas por la Comisión de las «Naciones Unidas».

¿Tratará la O. N. U. de afrontar la cuestión de los Santos Lugares? ¿Quedarán salvaguardados los derechos del Catolicismo? ¿O se aceptará simplemente un estado de hecho contrario a esos sagrados derechos?

José-Oriol Cuffi Canadell

El Pontificio Instituto Oriental de Roma

Bodas de plata

El 9 de octubre del año pasado 1947 apareció en «L'Osservatore Romano», tomándolo del C. I. C. O. (Servizio Informazioni della Chiesa Orientale, II 31, 1 octubre 1947), un escrito conmemorativo, según rezaba el título, de «un jubileo, el primero del Instituto Oriental, en su actividad científica».

Fundada esta Obra por Benedicto XV, treinta años hace, con el «*Motu proprio*» *Orientis Catholici* de 15 de octubre de 1917 (AAS IX 531-533), venía después confiada a la Compañía de Jesús por el Breve *Decessor Noster* de S. S. Pío XI, dado el 14 de septiembre de 1922 (AAS XIV 545-546). Eran, pues, estos veinticinco primeros años de vida del Instituto Oriental, bajo la dirección de la Compañía, lo que el artículo celebraba; pero juntamente, que no podía ser menos, extendía también los datos de la actividad científica y misionera de este Centro de Estudios Superiores a los cinco cursos 1917-1922, como primera etapa formativa de su existencia.

Lo mismo vamos a hacer nosotros en estos apuntes con rápida mirada retrospectiva. No nos limitamos, por lo tanto, a los veinticinco años del presente jubileo, sino que abarcamos la vida toda del Pontificio Instituto Oriental desde sus comienzos; con tanta mayor razón cuanto que dirigimos estas líneas no como «L'Osserva-

tore» a un público preferentemente eclesiástico y sobre todo de Roma, donde hoy día es ya tan familiar el Instituto de Estudios Orientales, sino al pueblo culto de España en general, para quien tal vez esta magna Obra de apostolado moderno en el seno mismo de la Cristiandad no es aun lo suficientemente conocida. Y cuenta que, como diremos más adelante, no en España ajena, por más de un título, al desarrollo material y científico de esta nueva Institución de la Iglesia en favor de los pueblos orientales. Pero necesariamente tenemos que hacer un poco de historia.

I. — PRIMERA ETAPA

La idea de Benedicto XV

Acogiendo benigneamente el grande Pontífice de la paz, en su interés por los cristianos de Oriente, algunas acertadas observaciones que a raíz de la primera guerra mundial le hicieron, a propuesta suya, hombres tan celosos de la gloria de Dios y tan versados en los asuntos eclesiásticos de los pueblos orientales como el Cardenal Domingo Serafini, Prefecto de Propaganda Fide, y monseñor Luis Petit, agustino asuncionista, arzobispo latino de Atenas, ideó una nueva forma más genial para hacer actuar de nuevo con vida pujante la Institución ya fun-

COLABORACION

dada por León XIII con el nombre de *Comisión Pontificia para la Unión de las Iglesias* (Breve *Optatissimae*, de 19 de marzo de 1895; Leonis XIII. Acta XV 80-82).

A tal fin dió comienzo Benedicto XV, en 1.º de mayo de 1917, a la *Sagrada Congregación pro Ecclesia Orientali*, de la que reservaba la Prefectura a su Augusta Persona, y, como dijimos arriba, en octubre del mismo año, al *Pontificio Instituto de Estudios Orientales*, dependiente de la misma Sagrada Congregación.

Fin del Instituto

Las dos instituciones tendían, según el pensamiento de Benedicto XV, al bien de las Iglesias Orientales en todos los órdenes; pero el fin específico del Instituto Oriental abarcaba preferentemente el campo de la cultura religiosa.

Desde el comienzo mismo, y en vigor de los estatutos que figuraban en el "Motu proprio" de erección, el nuevo Instituto había de desenvolver, en un curso de dos años (1), el siguiente programa de amplias y certeras miras: dar, como base, lecciones de teología comparándola con los doctrinas cismáticas, y abarcar además las asignaturas de patrología oriental, derecho canónico oriental, liturgia orientales en sus diversos ritos, historia bizantina, geografía etnográfica del Oriente, arqueología cristiana oriental, literatura y lenguas orientales.

Era, pues, el fin del Instituto fomentar los estudios superiores relacionados con el Oriente cristiano, y adiestrar en ellos, con toda la seriedad y amplitud de la formación científica moderna, a jóvenes escogidos que pudieran luego difundir este género de estudios eclesiásticos con eficacia y, por medio de ellos, ayudar a la grande empresa del retorno de tantos hermanos separados a la unidad de la Iglesia Católica de Roma.

Diversidad de alumnos

Esos jóvenes entusiastas del Oriente cristiano, como se desprende no sólo del tenor del "Motu proprio" de Benedicto XV, sino también de los demás documentos pontificios que iremos citando, habían de ser en primer lugar los *orientales católicos*, quienes quedaban invitados a mirar esta Institución romana del Papa como suya propia, y la sede donde surgía el Instituto como el palacio de glorioso abolengo, a pesar de su modernidad, que Dios les deparaba en el centro mismo de la Iglesia. En él encontrarían las mayores facilidades para profundizar aun más, con gran copia de medios científicos y económicos, en el estudio de su propia liturgia, de su derecho propio, de la historia propia y de las propias tradiciones.

Otra clase de alumnos habían de formar los *sacerdotes y religiosos latinos*, destinados al sagrado ministerio en aquellas regiones que más roce tienen con los orientales, o entre los orientales mismos; como también los que por su inclinación natural pudieran dedicarse a la investigación científica en este campo del moderno saber. En este respecto diríase que en la mente de los organizadores (el primero de todos el genial Benedicto XV) ya bullían las ideas de ampliación de estudios eclesiásticos, que en el siguiente pontificado habían de germinar con insólita fuerza en la Constitución Apostólica *Deus scientiarum Dominus*, de 24 de mayo de 1931 (2).

Por fin, las aulas del Instituto Oriental quedaban

(1) Tanto la duración como el plan mismo de los estudios eclesiásticos en el Oriental ha sufrido, andando los años, algunas modificaciones, en virtud de nuevos mandatos pontificios, pero siempre en pro de su prestigio científico, como veremos luego.

(2) Véase el art. 27 de las *Ordenaciones complementarias de la Deus scientiarum Dominus*, dadas en 12 de junio del mismo año. En todas las Facultades de Teología se instituye la cátedra auxiliar de *Questiones theologicae ad Orientem maxime spectantes*.

abiertas para acoger entre sus alumnos, con gran amplitud de miras y con especial interés, a aquellos *orientales* no católicos, fueran eclesiásticos o seculares, que en la busca de la verdad se quisieran valer del prestigio e imparcialidad de los estudios de orientística comparada, inaugurados en Roma para bien de todos.

Frutos en ciernes

El plan en sí, ciertamente, era digno de los mayores encomios, ya se atendiera al programa científico con que venía ataviado ante el mundo de la cultura, ya se mirase también a la cualidad tan varia de los sujetos que de él habrían de beneficiarse. Porque sin duda que los frutos, que se esperaba recoger, serían muchos y relevantes.

Ante todo el mundo latino, en cuyo centro surgía el Instituto, podría ampliar el horizonte de sus conocimientos puesto en contacto con la cultura, tan vasta y aquí poco extendida, del Oriente bizantino y eslavo; los religiosos de nuestras naciones occidentales, que se sintieran llamados al nuevo apostolado de la Unión de las Iglesias, completarían su formación histórico-teológica en orden a sus trabajos en países de rito oriental; los católicos orientales contarían con un Ateneo serio y bien cimentado de Estudios Superiores, cual no sería fácil encontrarlo en su propio ambiente; los disidentes mismos de buena voluntad que, al venir a las universidades europeas se veían forzados a frecuentar los centros protestantes, por no poder ser admitidos en las Facultades católicas (y no eran esporádicos los casos en este sentido), tendrían ocasión no sólo de conocer de cerca los usos de Roma, viviendo en ella, sino que además satisfacerían sus legítimos deseos de estudiar la verdad en un ambiente donde no se les considerase como extraños.

Finalmente, estableciéndose en un principio el Instituto bajo la inmediata dependencia de la también reciente Sagrada Congregación de la Iglesia Oriental, ¿no podría ésta ir preparando, con los sujetos formados en el nuevo Centro, personas competentes que la ayudasen en el desempeño de los negocios, tan diversos de los de otras Congregaciones romanas?

Los primeros pasos

Dicho se está que, para actuar programa tan noble y a la vez oneroso y difícil, hacían falta especiales requisitos, porque no fueran a fallar, como idealismo estéril, los planes grandiosos de la Santa Sede. Verdad es que de ésta principalmente habían de venir al Instituto alientos para la empresa y la ayuda económica indispensable, aun para sufragar, por medio de becas, los estudios de algunos alumnos orientales y occidentales bien dispuestos, pero necesitados de recursos. Mas por parte del Instituto Oriental eran necesarios tres elementos principales: había que contar con buenos directores inmediatos, que asumieran la responsabilidad de la Obra y dieran unidad y eficacia al plan de estudios; requeriase buen número de excelentes profesores, capaces de formar especialistas en la disciplina de la propia competencia; era necesaria, en fin, una rica biblioteca de consulta e investigación, bien abastecida en todos los aspectos de la ciencia eclesiástica oriental.

Claro está que los comienzos siempre son comienzos, y que ninguna de las grandes empresas humanas nace perfecta. No nos admiremos, por lo tanto, si por lo que hace a este último punto de la biblioteca, el Instituto Oriental no logró alcanzar, en su primera etapa, el esplendor de algunos años más tarde. Pero no fué poco mérito suyo, si ya el 2 de diciembre de 1918 pudo abrir sus aulas a suficiente número de alumnos en el

antiguo palacio "dei Convertendi" de la plaza Scossavalli en el llamado "Borgo Nuovo".

Directores y profesorado

El cuerpo enseñante, escogido entre ambos cleros con la ayuda de algunos doctos seculares, empezó a actuar bajo la acertada dirección del Cardenal Nicolás Marini (3), ya de mucho antes consagrado casi totalmente a la causa de la Unión de las Iglesias, coadyuvado en su empeño por otro gran entusiasta del Oriente, el R. P. Antonio Delpuch, de los Misioneros de África. Sobre los hombros de este insigne varón cargó, era natural, todo el peso de la presidencia efectiva del Instituto. Para ello estaba suficientemente preparado, conocedor, como era, sobre todo del ambiente árabe y sirio, dedicado largos años al profesorado en el Seminario melquita de Santa Ana de Jerusalén.

Breve fué, por cierto, la presidencia del Instituto en manos de tan esclarecido religioso; pues nombrado Visitador Apostólico de la Georgia, al fin del primer año académico, cedía su puesto al entonces Abad de San Pablo Extramuros, Don Ildefonso Schuster, O. S. B., tan conocido más tarde, hasta nuestros días, como Cardenal-Arzbispo de la Metrópoli Milanese.

Uno de los indudables aciertos del ilustre benedictino, en su presidencia del Pontificio Instituto Oriental, hay que reponerla en la elección que hizo de preclaros profesores, no pocos en número. No es posible recordarlos todos en estos breves apuntes. Mas baste decir que, en este primer periodo del Instituto, ilustraron sus aulas especialistas tan prestigiosos como el P. Martín Jugie, el célebre Asuncionista, toda su vida dedicado a la investigación histórico-teológica del Oriente; el profesor Silvio José Mercati, de la Universidad de Roma, que, como fruto de sus viajes estivos a la Sagrada Montaña del Atois, ha producido tantos y tan valiosos estudios bizantinistas; el príncipe Pedro Wolkonsky, auténtico conocedor de la Rusia, su patria, de la que la revolución bolchevique le había arrojado; por fin, dos de los jesuitas, que por largos años, puesto ya el Instituto en manos de la Compañía, habían de imprimir indeleble huella en la marcha científica del mismo: el teólogo P. Teófilo Spácil, actualmente en Checoslovaquia, su país nativo, y el arqueólogo P. Guillermo de Jerphanion, que aún continúa en su docta labor docente.

Revista y grados académicos

Se dió también traza el Revdmo. P. Schuster porque no faltase al Instituto Oriental, aun desde sus primeros albores, una publicación científica que recogiese el trabajo de investigación de sus maestros; y aunque no creyó conveniente, por entonces, crear una nueva Revista de temas orientales, lo que hizo fué conseguir que apareciese como órgano oficial del Instituto la docta publicación cuatrimestre, "Bessarione" (4), del Cardenal Marini. Así se hizo, y desde el curso escolar de 1919 hasta la primavera de 1923, cuando "Bessarione" cedió su puesto a la nueva publicación "Orientalia Christiana", aquella sabia Revista acogió en sus páginas no pocas

(3) Mons. Nicolás Marini (1843-1923), fundador de la Revista «Bessarione», conocidísimo en los centros culturales por sus escritos e incansable celo en promover la unión de las Iglesias, siempre ocupado en cargos de la Curia Romana, fué creado Cardenal por Benedicto XV en el Consistorio de 4 de Diciembre de 1916, y nombrado al año siguiente Secretario de la Congregación *Pro Ecclesia Orientali*, recientemente instituida.

(4) La Revista «Bessarione» fué fundada por Mons. Marini en 1896, y dirigida siempre por él aun después de su elevación al Cardenalato. Ya no existe; pero quedan publicados 39 volúmenes hasta 1923, rico venero de ciencia orientalista en sus diversas ramas, de historia, teología, literaturas orientales y edición de

aportaciones científicas, de gran valor, del animoso profesorado del Oriental.

Hay que atribuir también al mérito del Presidente Schuster y del docto claustro de profesores el que, a los dos años de su apertura, la nueva Institución hubiese ya alcanzado el suficiente prestigio para poder otorgar, con la autoridad de la Sede Apostólica, los grados académicos propios de Estudios Superiores. Concedió la facultad requerida Benedicto XV con el Breve *Quod Nobis in condendo* (AAS XII 440-441), de 25 de septiembre de 1920. Por cierto que el documento pontificio estaba redactado con halagüeñas expresiones de viva complacencia. Porque "Nos es grato saber —decía— que no pocos alumnos de ambos cleros han terminado ya con marcado provecho el curso de Estudios Orientales, que en ese Instituto tuvimos a bien establecer. Parece, pues, oportuno dar modo cómo se vaya acrecentando día por día una obra que, por el favor de Dios, ha tenido tan prósperos comienzos, y se la promueva más y más, en la esperanza que reportará todavía mayores frutos, ya que con los obtenidos hasta ahora tanto se complacen los Patriarcas y Obispos de la Iglesia Católica Oriental, como Nos lo han significado de palabra y por escrito, al felicitarnos por el feliz comienzo de ese Instituto".

Apenas, pues, nacido tuvo el Pontificio Instituto de Estudios Orientales de Roma la facultad de dar grados académicos; no sólo, como decía el Breve, "para estimular una sana emulación entre los alumnos con el premio de sus honrosas fatigas", sino también (y con esto se reconocía públicamente la competencia del profesorado) "para que los doctores, que enseñan tan variadas disciplinas en el Instituto, tengan una prueba de lo mucho que estimamos su pericia y su diligente magisterio".

Curso último: 1921-1922

No podemos detenernos más a narrar otras varias vicisitudes del Oriental en su primera etapa; pero no pasemos por alto que ya el Instituto, por primera vez desde que fué fundado, el 10 de julio de 1922 tuvo el honor de ser recibido en especial audiencia por el nuevo Papa Pío XI, que tanto en adelante había de distinguir esta Obra con inequívocas pruebas de predilección. Digamos también que en agosto de ese mismo año fué enviado al Congreso Unionístico de Velehrad, en Checoslovaquia, un delegado oficial del Instituto en la persona de su mejor teólogo de entonces, P. Teófilo Spácil S. J. Finalmente, debemos consignar, dando gracias a Dios, que este último curso de sus comienzos promovió el Pontificio Instituto Oriental de Roma a cinco de sus alumnos al grado de Licenciado y a dos más al Doctorado en Ciencias Eclesiásticas Orientales. Todos estos estudiosos, por singular coincidencia, pertenecían a la Familia religiosa Franciscana, siempre distinguida en sus trabajos por el Oriente cristiano.

Y con esto pasamos a reseñar nuevas fases del Instituto, en su floreciente desarrollo.

Manuel Candal S. J.

Prof. del Pont. Inst. Oriental

(Continuad)

textos desconocidos y valiosos en la lengua original. Como órgano del Pontificio Instituto Oriental publicó sus últimos cinco volúmenes (1919-1923).

El título «Bessarione» evocaba, como garantía de la seriedad de sus estudios y como meta a donde se enderezaban, la gran figura del griego Cardenal Bessarion, arzobispo de Nicea († 1472), una de las más félgidas lumbreras del Concilio Florentino, que, desde su paso del cisma a la Iglesia Católica, trabajó incesantemente con el apostolado de la ciencia por atraer a sus connacionales a la unión con la Sede Católica Romana.

La "Tercera Fuerza" y el comunismo

La "Tercera Fuerza"

De algún tiempo a esta parte, los periódicos traen a menudo noticias e informaciones que giran alrededor de las tentativas que se realizan en algunos países para constituir un núcleo político integrado por elementos heterogéneos y organizaciones de diversas procedencias, coincidentes fundamentalmente en la apreciación — más o menos auténtica — de que tan sólo un movimiento de tipo centrista, del término medio, es capaz de evitar la caída vertical de los pueblos en el mar cenagoso del comunismo, al tiempo que se imposibilitan o destruyen totalmente posibles reacciones de los llamados movimientos derechistas, en sus más variados matices. Ese núcleo político, posiblemente de honda textura liberal con tendencias socialistas, es el que se ha venido en denominar «Tercera Fuerza».

Uno de los países en el que, al parecer, se ha organizado abiertamente ese nuevo tipo de agrupación política es Francia; lo cual, por otra parte, no es muy de extrañar si se tiene en cuenta que la llamada «Tercera Fuerza» tiene en gran parte carácter defensivo, especialmente en la vecina nación, donde sus componentes controlan el poder a pesar de hallarse en posición minoritaria frente a los éxitos electorales conseguidos por De Gaulle y los comunistas. No obstante, la «Tercera Fuerza» francesa puede darnos una idea bastante real de la composición y actividades de la nueva organización. Comprende la «Tercera Fuerza» a los elementos del Movimiento Republicano Popular en íntimo contubernio con los socialistas de León Blum, a los cuales prestan, en mayor o menor grado, su apoyo los radicales socialistas, la flamante «Fuerza Obrera» del señor Jouhaux, y — a mayor distancia quizá — la Confederación de Trabajadores Cristianos, los sindicatos anarquistas y algunos independientes. Alguien ha dicho que, junto a Blum y a Francisque Gay, desempeña un importante papel en la «Tercera Fuerza» el escritor François Mauriac.

¿Qué significación íntima entraña la «Tercera Fuerza»?

Para comprenderla, en cierto modo, acudiremos a las palabras pronunciadas por el primer ministro británico, señor Atlee, en su discurso pronunciado el día 3 del próximo pasado mes de enero, con motivo de celebrar el 65 aniversario de su nacimiento. El señor Atlee, después de criticar al comunismo soviético, al que calificó de absolutista y totalitario, no obstante su afirmación de ser el «campeón de la democracia», se refirió a la «Tercera Fuerza» en el sentido de que su dirección incumbe a la Gran Bretaña, señalando que su base estriba en los principios socialistas democráticos, por medio de los cuales logrará llenar el vacío existente entre el capitalismo americano y el comunismo soviético. Las palabras del señor Atlee señalan claramente una orientación, a la par que nos descubre que la «Tercera Fuerza» tiene asignada una misión importante, no ya únicamente en el interior de cada uno de los países en que se constituya, sino también en la política internacional, conforme a los principios tradicionales de la política de equilibrio de la Gran Bretaña.

A pesar del carácter de novedad con que se ha intentado revestir a la «Tercera Fuerza», el intento que ésta representa no constituye ninguna revelación de última hora. Muy probablemente, la posición de la «Tercera Fuerza» es trasunto fiel del papel que había de desempeñar el partido político de la democracia cristiana; es decir, papel equidistante entre los partidos en lucha, sin descuidar una cooperación más o menos íntima con aquellas fuerzas clasificadas entre las promotoras y dirigentes de la revolución. La colaboración del M. R. P. francés y de la democracia

cristiana de Italia con los comunistas, en el primer periodo de la postguerra, y la estrecha cooperación entre el partido del señor Bidault y el S. F. I. O. son, a este respecto, verdaderamente ilustrativas.

Por si no fuera suficiente la realidad de los hechos, recordaremos que un calificado comentarista en estas materias señalaba hace ya bastantes años — desde las páginas de una revista barcelonesa hoy desaparecida — su oposición a considerar el mundo dividido en dos grandes bloques antagónicos: revolucionarios e izquierdistas de un lado y totalitarios y derechistas de otro, y sugería, como más auténtica, una división tripartita, en la que la democracia cristiana figuraba como elemento de transición, de buen sentido y de justo medio; es decir, con las mismas características que se pretende dar a la «Tercera Fuerza». Y si en aquel entonces la democracia cristiana parecía querer tener la exclusiva de tan absurda posición, hoy, al parecer, no tiene inconveniente en llamar a su lado a las fuerzas masónicas y revolucionarias, como si su programa político tuviera coincidencias esenciales con los de sus activos camaradas «demócratas».

Claro que los señores del M. R. P. no habían previsto una gran dificultad en su «eterna» posición centrista; ahora resulta — lo han denunciado algunos — que su papel de «hombres buenos» puede perjudicar la causa del comunismo, lo cual, ciertamente, sería un grave contratiempo. Por eso, el terrible *Esprit* se ha apresurado a hacer un llamamiento a los hombres de *buena voluntad*, invitándoles a que se den cuenta de que el comunismo no constituye ya ningún peligro inmediato para Francia; que el verdadero peligro, hoy como siempre, es el fascismo, y que frente a él hay que formar un bloque unido y compacto, en íntima conexión con el partido comunista francés. ¡Así va hoy la pobre Francia! ¡Así anda el mundo!

Y todo por negarse a admitir, en todos los órdenes y por encima de infantiles distingos, la realidad auténtica de la división de la humanidad en dos bandos opuestos: los que sirven a Cristo y los que están sujetos a Satanás. Lo demás constituye a menudo una simple especulación al servicio — ¿por qué no? — de intereses y objetivos algo confusos...

Elecciones en Francia

Dos elecciones parciales se han celebrado últimamente en Francia, y sus resultados parecen indicar un difícil porvenir a la «Tercera fuerza». La primera ha tenido lugar en El Havre, por haber sido disuelto el Consejo de la ciudad nombrado por los electores en la jornada del 19 del pasado mes de octubre. En esta fecha se registraron los siguientes resultados: Partido Degauillista, 20.598 votos; Partido Comunista, 17.855; S. F. I. O., 4.127; M. R. P., 1.658; radicales, 1.150. Ahora, socialistas, M. R. P. y radicales se han presentado unidos, y he ahí el resultado: Partido Degauillista, 19.198 votos; Partido Comunista, 18.788; «Tercera Fuerza», 8.870.

La segunda elección se ha celebrado en Malakoff, suburbio de París, y tenía por finalidad nombrar un nuevo Ayuntamiento para la localidad. Los comunistas han tenido un franco éxito, ya que han conservado los trece puestos que poseían anteriormente. Frente a ellos, el Partido Degauillista ha obtenido nueve — uno menos que en las anteriores elecciones — y el conglomerado de la «Tercera Fuerza», cinco, ganando uno.

Lo que resulta evidente es que el único partido que sale ganancioso de esos tanteos electorales es el Partido Comunista. ¡Lástima que haya muchos que siguen sin enterarse!

La situación en la India

"La Conferencia de los Obispos Católicos de la India se alegra de que se haya logrado finalmente la independencia tan ardientemente deseada por el pueblo", decían en su Mensaje de septiembre del pasado año el Arzobispo de Madrás y el Obispo de Bangalore, en representación de 59 diócesis católicas. "Miramos el porvenir—añadían—con confianza y optimismo"; sin embargo las dificultades con que habrán de enfrentarse los gobernantes son enormes, derivadas principalmente de "la penuria de viveres", "la pobreza de las masas" y "las discordias políticas entre grupos rivales".

Para darse cuenta aproximada de la situación crítica que atraviesa aquel país, hay que tener presente que su nivel medio de vida es el más bajo de todo el mundo; ello obedece a dos razones principales: en primer lugar, la extrema pobreza de gran parte de la población (el término medio de ingresos por persona se calcula en dos dólares por semana); en segundo término, la falta de alimentos, y eso en tal grado, que cuarenta millones de hindús morirán de hambre si el resto de habitantes se alimentara normalmente. Además, las enfermedades producen grandes estragos.

En ese aspecto la dominación inglesa no habrá dejado en la India ningún buen recuerdo. Antiguamente existía un sistema de explotación de la tierra de tipo comunal, que coexistía con el tipo de explotación individual, que contribuyó poderosamente a la prosperidad del pueblo, e incluso a la conservación de la personalidad hindú. "La entrada en la escena hindú de Inglaterra—escribe una revista católica norteamericana—tuvo un efecto desastroso para este sistema que fué muy superior a la mayoría de los países europeos del pasado. Este sistema, muy democrático, fué substituido por un sistema de explotación capitalista, *zemindari*, acompañado de un robo de terrenos, la esclavitud y engaño de los campesinos a la manera que sucedió—mutatis mutandis—en Inglaterra bajo el reinado de Enrique VIII."

Confiamos en que los gobernantes de ese gran pueblo sabrán laborar activamente para el bienestar de sus súbditos. No les faltará la colaboración de la Iglesia. "En todos los esfuerzos legítimos del gobierno para asegurar el progreso social y económico, la paz, el bienestar, la sanidad pública y la educación—agregan en su mensaje los Obispos antes citados—, los jefes de la nación hallarán en ella, en la esfera de su propia influencia, simpatía, amistad y apoyo."

Terminaremos con las palabras del propio mensaje: "¡Que Dios bendiga a la India para que sea próspera, floreciente y grande entre las naciones!"

Monjas y enfermeras en las minas rusas

Centenares de religiosas y enfermeras alemanas han sido secuestradas por los rusos en la zona soviética de ocupación. Un ex cautivo de los rusos, de la región de Westfalia, recientemente vuelto de Rusia, ha explicado que el 12 de octubre del pasado año llegaron a la esta-

ción de Stalino, en la U. R. S. S., mil cuatrocientas Hermanas de San Vicente de Paúl, todas ellas vestidas muy pobremente, algunas cubiertas todavía con los hábitos, convertidos en verdaderos guñapos. Anteriormente habían trabajado en la construcción de puentes sobre el río Dnieper, de donde las trasladaban a las minas de carbón con la promesa de darles mayores raciones alimenticias.

"Su pena mayor—dice el mencionado testigo—nacía de los viles tratos de los guardas, hasta tal punto que envidiaban la suerte de sus compañeras muertas. Cuando nos alejamos de aquel grupo, incluso los más duros de corazón llevaban una lágrima en la mejilla".

La revolución de febrero

Ficquelmont ha escrito, con relación a la revolución de 1848, que, con anterioridad a su desencadenamiento en diversos países de nuestro continente, "había un sentimiento casi universal de que se preparaban acontecimientos grandes". Más todavía: "Se veía la agitación, se conocían sus causas y sus medios, se indicaba el fin, y, sin embargo, todo el mundo fué cogido como de improviso." En 1846, el Papa Pío IX levantaba su voz contra tales maquinaciones, y daba al mundo católico un claro aviso de los peligros que encerraban los proyectos elaborados en la clandestinidad, por las fuerzas anticristianas: "No se os oculta, venerables hermanos, que en estos nuestros tiempos calamitosos han desencadenado una guerra cruel y temible contra todo lo católico, hombres que, unidos en perversa sociedad e imbuidos de malsana doctrina, cerrando sus oídos a la verdad, han esparcido y diseminado entre el vulgo toda clase de errores", y añadía que los designios de "estos enemigos de la luz y artífices mañosos del error", no sólo "perturban la religión católica", sino también "la sociedad civil, hasta, si les fuera posible, arrancarlas de cuajo" (Enc. *Qui pluribus*).

Otros muchos documentos podrían citarse relativos a aquella tremenda revolución que, iniciada concretamente en febrero de 1848, en Francia, corrió bien pronto por casi toda Europa; nuestros lectores pueden consultar el número 53 de CRISTIANDAD en el cual encontrarán datos específicos sobre los antecedentes de la misma. Sin embargo, las palabras que acabamos de transcribir son suficientes para negar, en absoluto, la especie de que "la revolución del 48 no tuvo misterio ni se incubó en los antros", según se ha escrito recientemente en un periódico barcelonés, con desconocimiento total de la Historia y de la más elemental información.

¿Y las actividades de la Alta Venta? ¿Y la actuación de "Piccolo Tigre"? ¿Y las andanzas por París de Carlos Marx en íntimo contubernio con Enrique Heine?

Y si eso no fuera suficiente, veamos cómo calificaba la trágica subversión el Papa Pío IX, en su alocución a los pueblos de Italia: "Los sucesos que, después de dos meses vienen sucediéndose y acumulándose con gran rapidez, no son una obra humana" (30 de marzo 1848).

¿Está claro?

J. O. C.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Acabamos de recibir el número extraordinario de la Revista "Pensamiento" dedicado a Balmes. No tenemos posibilidad de hacer, en este número, comentario de su contenido: lo reservaremos para otro día; mas para orientar al lector sobre los temas y las firmas que llenan densamente las trescientas páginas de que se compone, transcribimos a continuación su Sumario:

Balmes filósofo. Su personalidad y significación, por el Excmo. señor don Fidel García, Obispo de Calahorra.

Importancia de Balmes como filósofo, por Camilo Riera.

El sentido común, fuerza estabilizadora de la filosofía balmesiana, por Miguel Florí, S. J.

Doctrinas discordes de Balmes y Comellas acerca de la evidencia, por Marcial Solana.

La teoría balmesiana de la sensibilidad externa y la estética trascendental, por José Sauret, S. J.

¿Qué piensa Balmes del entendimiento agente?, por Jesús Muñoz, S. J.
Descartes y Malebranche en las concepciones espacio-extensionales de Balmes, por Jaime Echarri, S. J.

Las doctrinas cosmológicas de Balmes y las teorías físicas contemporáneas, por Pedro Font y Puig, Catedrático de la Universidad de Barcelona.

La filosofía moral de Balmes por Clemente Villegas, Pbro. Rector del Seminario de Vich.

Balmes y la Filosofía de la Historia, por Tomás Carreras Artau, Catedrático de la Universidad de Barcelona.

Filosofía balmesiana y filosofía cervariense, por Miguel Batllori, S. J.
Balmes y Unamuno: sentido común y paradoja, por Jesús Iturrioz, S. J.
Bio-bibliografía balmesiana, por Miguel Florí S. J.

ORIENTACIONES



BIBLIOGRAFICAS

LA CONQUISTA MORAL DE ALEMANIA, por Emil Ludwig. (Traducción de Luis Lecón). Editorial Losada, S. A., Buenos Aires.

Un libro sobre Alemania. Y escrito por Emil Ludwig, judío y alemán. ¿Habrá en él sinceridad, imparcialidad y objetividad? Veamos las siguientes afirmaciones del autor, básicas, entre otras, para su discurso:

1.^a) Martín Lutero es "uno de los pocos alemanes honestos que ha habido" (pág. 65).

2.^a) Para colaborar a la política de los ocupantes habrá también algunos miles de comunistas, socialistas y liberales en los que desde luego podrá confiar el extranjero" (pág. 218), porque "no deberán perder de vista que la sola circunstancia de ser antinazi dista de ser una garantía de buena colaboración" (pág. 217). Ludwig se olvidó decir que los antinazis pudieran ser católicos, y ésta circunstancia no le conviene a él.

3.^a) La base de la experiencia para educar a Alemania es la U. R. S. S.; "El entusiasmo de la juventud rusa de nuestros días es la mejor demostración de que cabe inculcar una educación totalmente nueva... Si fué posible convertir en comunistas convencidos a millones de hijos de campesinos incultos, lo ha de ser también convertir en demócratas convencidos a hijos de vasallos sumisos" (pág. 251). Ludwig, en numerosos pasajes, no oculta su admiración por la Rusia soviética y sus métodos.

4.^a) El autor es también un entusiasta de la Revolución y quiere que ésta sea arma de educación del pueblo alemán: "Pero, más que nada, conviene que las revoluciones que embellecen la historia de todos los demás países, sean enseñadas al único pueblo que nunca logró hacerlas con éxito" (pág. 260). Y a renglón seguido añade que hay que hacer percatar a la juventud alemana "de lo sano de esas crisis" y de "cómo maduraron, estallaron y tuvieron luego consecuencias benéficas las grandes revoluciones de todos los pueblos".

5.^a) Ludwig, a fuer de partidista, olvida ciertos hechos conocidos en todo el mundo. Y así dice: "Durante casi doce años no ha habido en Alemania un partido, club, universidad o Iglesia que se haya levantado colectivamente contra el régimen de Hitler", y que sus crueldades "nadie ha tenido la hombría de condenarlas en voz alta", y que las condenaciones del régimen fueron "siempre en calidad de personas individualmente dignas, no en nombre de una colectividad" (págs. 163 y 164). ¿Y las Pastorales colectivas del Episcopado alemán? ¿Y la Encíclica "Mit brennender Sorge"? ¿No son la más firme condenación, colectivamente y en voz alta, de los errores y de las persecuciones nazis?

6.^a) Todavía otras afirmaciones acentúan más su partidismo: "Cuando un judío de espíritu elevado interviene en la política casi siempre se inclina hacia la izquierda" (pág. 81). "Los judíos son guías espirituales pero no materiales de la revolución, más bien profetas que campeones" (pág. 84).

¿Hacen falta más datos para darnos cabal cuenta de lo que puede ser una obra sobre Alemania escrita por Emil Ludwig, judío, revolucionario, izquierdista, anticatólico, enamorado de la Rusia roja y del protestantismo?

Sin contar que cae en puerilidades como la de decir que habría que quitar a los alemanes el gusto a beber

cerveza y que "si se lograra fundar una asociación alemana de bebedores de leche, comenzaría una nueva época para la juventud alemana" (pág. 253). Si los alemanes son tan terribles y merecen el látigo porque beben cerveza, no sabemos lo que opinará Ludwig sobre los españoles, bebedores de vino.

Quiere el autor que la educación nueva de Alemania se haga a base de un gran amor hacia lo que él llama "cultura", pero que, por los autores que propone como maestros, no es otra que la incultura racionalista y atea.

Hay que transformar a la juventud alemana "tan enérgicamente por la educación como antes lo fuera la rusa" (pág. 267). Pero ese proceso de transformación y de educación ha de efectuarse mediante una larga ocupación militar de Alemania, durante la cual "el peor error que podrían cometer los ocupantes aliados, sería mostrarse afables" (pág. 216). "Gracias a su rapidez y talento millones de alemanes habrán aprendido ruso e inglés en pocos años si ven que los extranjeros no están dispuestos a entender alemán. Poco a poco y gradualmente podrá admitirse a alemanes primero en los organismos municipales y luego en unidades mayores, pero se les deberá tener constantemente vigilados" (pág. 210). "Lo que tiene que hacer más bien el mundo es aislar en Alemania a todos los alemanes. En principio debería prohibirse durante veinte años que ningún alemán saliera al extranjero" (pág. 221).

En ese ambiente de dominación y de tiranía "la enseñanza de la tolerancia deberá ser asunto de todos los días" (pág. 261). Teniendo en cuenta, desde luego, que "nadie les obliga a profesar determinadas ideas" (página 222). Nadie, ni Ludwig, que tras de decir que "el pueblo alemán nunca fué republicano, ni siquiera los obreros" (pág. 103), y que en 1918 "no había ni mil alemanes sinceramente antimonárquicos" (pág. 133), afirma que la solución política de los alemanes es "muy sencilla": "Esta solución consiste en dividir a Alemania en dos Repúblicas desiguales; una *Federación Alemana*, República que se extendería desde el oeste hasta los alrededores del Elba, y una República de Prusia" (pág. 227).

Ludwig identifica el nazismo con el pueblo alemán y, por tanto, las medidas de represión no han de dirigirse sólo contra los nazis sino contra todos los alemanes. Contradiciéndose después al decir que Hitler hizo suyo el espíritu prusiano, que los mismos alemanes detestaban, imponiéndolo en el gobierno de toda la nación. Y esta contradicción, fundamentalísima, basta para restar valor a las medidas y soluciones propuestas.

Si siguiendo los procedimientos de Ludwig, creemos que no se encontrará la solución del problema alemán y mucho menos su conquista moral, en cambio el libro que nos ocupa puede considerarse como un documento más, e interesante en los momentos actuales, que aportar al estudio y conocimiento del judaísmo, de su influencia, de sus métodos y de su ideología, así como de su espíritu internacionalista, revolucionario e izquierdista, pese a su bandera de pacifismo. Bandera falsa que hoy queda deshecha al contemplar la actuación terrorista y guerrera de los judíos, al saber el control de la destructora energía atómica puesto en manos judaicas, e incluso considerando, según nos repite Ludwig (en la pág. 85 de su obra), que fué el judío Haber el inventor de los gases venenosos.

Luis Luna.

Los católicos españoles tenemos gran responsabilidad
delante de Dios y de los hombres porque al revés de
lo que puede acontecer en otros países mayores que
el nuestro, aquí nuestro catolicismo es mayor de edad

H. V.
BARCELONA

CINZANO
APERITIVO SANO

6171/8107

OBRA EXCEPCIONAL
HISPANIA GRAECA

por A. GARCIA Y BELLIDO

En 2 tomos más 1 de láminas. Tela, 375 Ptas.

Publicación del Instituto Español de Estudios Mediterráneos

PREMIO MARTORELL 1947

De venta en todas las librerías

y en el distribuidor: **José Bosch**, librero

Calle Pelayo, 52

Ronda Universidad, 11

BARCELONA

ANTIGUA CERERIA
FABRICA DE VELAS

LUIS CODINA



Calle Obispo Irujita, 2, bis

Teléfono 19025

BARCELONA

ANETO S. D. A. ANMA.

ALMACEN DE PAPEL

Especialidad en embalajes
para el comercio y la industria

Enrique Granados, 47 - Teléf. 80161 - BARCELONA

S. A. DAMM

Fábricas de Cerveza,
Hielo y Acido Carbónico

Central: Rosellón, 515
Sucursales: Viladomat, 47-Urgel, 71 BARCELONA

M. S.

C. C.

Trga, S. A.

BARCELONA

Editorial HERDER

Balmes, 25 - Teléfono 13673 - BARCELONA

Obras fundamentales en latín:

Enchiridion symbolorum.
Enchiridion Fontium hist. eccl.
Enchiridion asceticum.
Enchiridion Patristicum.
Cathrein.-Philosophia moralis.
Donat. - Summa phil. christianae,
9 vols.
Gredt. - Elementa phil. arist. -
thom., 2 vols.
Lercher. - Inst. theol. dogmaticae,
4 vols.
Noldin. - Summa theol. moralis,
3 vols. y 3 suplementos.
Prümmer. - Manuale theol. mora-
lis, 3 vols.
Prümmer. - Vademecum theol.
moral.
Reinstadler. - Elementa Phil.
Schol., 2 vols.

Obras selectas en español:

Baur.-Sed luz. Meditaciones litúr-
gicas, 3 vols.
Desde lejanas tierras, 30 vols.
Holzner.-San Pablo, etc., etc.

Solicítenos catálogos, refiriéndose si puede ser a esta revista

**AYUDAD
A LA PRENSA CATOLICA**

**S. C.
BARCELONA**

Hijo de P. Pujol, S. A.

TEJIDOS

BARCELONA